

- * UN TEATRO EN LA CALLE CULPAR. (Cuento), por Graham Greene.
- * GRAHAM GREENE: EL ESTREMECEDOR. (Ensayo), traducción de "Time".
- * FANTASIA DEL ATARDECER. (Poema), por Friedrich Holderlin.
- * HISTORIA DEL PODER EJECUTIVO EN COSTA RICA, por Rafael Obregón Loria.
- * EL TICO Y SU TIERRA, por William Vogt.
- * ANECDOTARIO NACIONAL, por Carlos Fernández Mora.
- * CARTAS FEMENINAS, por Luz del Alba.
- * HOMENAJE A OMAR DENGO. (En el XXV aniversario de su muerte).
 - 1) —PAGINAS DE OMAR DENGO: Elogio de María, Ideario, Reflexiones, Saludo a la Aurora.
 - 2) —OMAR DENGO, por María Eugenia Dengo de Vargas.

San José, Costa Rica, 22 de Noviembre de 1953.
Nº 74.

Además...

UN TEATRO EN LA CALLE CULPAR



BAJO la suave llovizna estival, Craven pasó junto a la estatua de Aquiles. Acababan de encender las luces, pero ya los coches se apiñaban en dirección de Marble Arch, y los angulosos y calculadores rostros judíos se estaban asomando a la calle, dispuestos a pasar un buen rato con cualquier cosa que les saliera al paso. Amargamente, Craven pasaba a su lado, con el cuello del impermeable cerrado hasta la garganta; era uno de sus días malos.

Durante todo el trayecto a través del Parque se vió obligado a recordar que el amor existía; pero el amor exigía dinero. Un pobre debía conformarse con placer físico. El amor exigía un buen traje, un coche, un departamento en alguna parte, o un buen hotel. Exigía que lo envolvieran en celofán.

Craven tenía todo el tiempo conciencia de su raída corbata bajo el impermeable, y de sus mangas gastadas; iba con su cuerpo como con alguien a quien odiara (solía tener momentos de felicidad en el salón de lectura del Museo Británico, pero el cuerpo lo llamaba a la realidad). Sus únicos sentimientos eran algunos recuerdos de feos actos cometidos en los bancos de las plazas.

Para la mayoría de la gente, el cuerpo moría demasiado pronto; pero ése no era el inconveniente para Craven, de ningún modo. El cuerpo seguía viviendo; a través de la brillante y metálica lluvia, de paso hacia alguna tribuna, cruzó un hombrecito de negro con una bandera: "El cuerpo renacerá del polvo".

Recordó un sueño; un sueño del cual ya había despertado tres veces temblando: estaba solo en el enorme, oscuro y cavernoso cementerio del mundo; el globo terrestre era un panal de muertos, y en el sueño descubría que el cuerpo no se destruye. No hay guanos, ni disolución. Debajo de la superficie, el mundo está repleto de masas de carne muerta preparada para volver a levantarse con sus verrugas, sus forúnculos y sus erupciones. Después, permanecía tendido en su lecho, recordando —como "anuncios de gran alegría"— que, después de todo, el cuerpo se corrompe.

Con rápido paso, tomó por la calle Edgware; los soldados de la Guardia se paseaban en parejas como grandes y alargadas bestias lánguidas; dentro de sus pantalones ajustados, sus cuerpos

La adjudicación del Premio Nobel de Literatura para mil novecientos cincuenta y tres, a Winston Churchill, fue una sorpresa incluso para los ingleses, que esperaban que el triunfador fuera su compatriota Graham Greene, que a los cuarenta y nueve años, se ha colocado a la indiscutible vanguardia de la literatura británica. De fuerte raigambre católica, cada novela de Greene es esperada y recibida con aclamaciones críticas. Sobrio y atormentado al mismo tiempo, es hoy una de las figuras señeras de la literatura mundial. Y sus novelas, principalmente "El Poder y la Gloria", "El Corazón del Asunto" y "El Fin de la Aventura", son obras profundas y conmovedoras. En este mismo número publicamos la semblanza que sobre este notable escritor apareció en la revista "Time" con motivo de la primera edición de "El Fin de la Aventura". Greene manifiesta que su afición de escritor oscila entre lo serio y lo policiaco. El lector dirá en cuál de los dos campos quiere ubicar este cuento suyo.

Por GRAHAM GREENE



parecían gusanos. Los odiaba, y odiaba ese odio porque sabía lo que era: envidia. Sabía que cada uno de ellos tenía un cuerpo mejor que el suyo; la indigestión le consumía el estómago; estaba seguro

de que su aliento era repugnante, pero ¿a quién podría preguntárselo? A veces se perfumaba secretamente, aquí y allá; era uno de sus más feos secretos. ¿Por qué le pedían que creyera en la re-

surrección de un cuerpo que él tanto deseaba olvidar? A veces rezaba, de noche (un dejo de creencia religiosa se alojaba en su pecho como un gusano en una nuez), para que por lo menos su cuerpo no resucitara.

Conocía muy bien las calles laterales que desembocaban en la calle Edgware; cuando estaba de mal humor, caminaba simplemente hasta cansarse, mirando de reojo su propia imagen en las vidrieras de Salomón & Gluckstein, y del A.B.C. Por eso advirtió de inmediato los carteles frente al Teatro abandonado de la calle Culpar. No eran muy inusitados, porque a veces la Sociedad Dramática alquilaba por una noche el local; tras, pasaban alguna oscura película con fines comerciales. El teatro había sido construido en 1920 por un optimista que pensó que la baratura del terreno compensaría de sobra la desventaja de que estuviera situado a una milla de distancia de la zona de los teatros. Pero ninguna comedia tuvo éxito en él, y pronto el local quedó abandonado, llenándose poco a poco de nidos de ratas y de telarañas. El forro de los asientos no fue nunca renovado; y la única vida del lugar consistía en la temporal y falsa agitación de alguna obra de aficionados, o de alguna función de beneficencia.

Craven se detuvo y leyó; parecía que todavía existían optimistas en 1939, porque sólo el más ciego optimista podía alimentar la esperanza de ganar dinero en aquel lugar convirtiéndolo en "El Hogar del Cine Mudo". Se anunciaba la primera temporada de "primitivos" (una expresión snob); no habría nunca una segunda.

Bueno, la entrada era barata, y ya que estaba cansado, quizá valiera un chelin el meterse en cualquier parte para salir de la lluvia. Craven compró una entrada, y se sumergió en la tinieblas de la platea.

En la profunda oscuridad, un piano tintineaba algo que moribundamente recordaba a Meiselsohn; Craven se sentó en un asiento lateral, e inmediatamente tuvo conciencia del vacío que lo rodeaba. No, no habría una segunda temporada. En la pantalla, una mujer voluminosa con una especie de toga, se retorció las manos y luego se dirigió hacia un diván, bamboleándose con extraños movimientos y sacudidas. Allí se sentó, y se quedó mirando desesperadamente hacia adelante, como un perro ovejeño, a través de su pelo suelto, oscuro y acordonado; a veces parecía disolverse defini-

tivamente en puntos, lucecitas y líneas onduladas. Un subtítulo decía: "Pompilia traicionada por su amante Augusto, trata de poner fin a sus desdichas".

Por fin Craven comenzó a ver; un confuso desierto de lunetas. No había más de veinte personas en el local; unas cuantas parejas que murmuraban con las cabezas juntas, y unos cuantos hombres solitarios que llevaban como él, el uniforme del impermeable barato. Estaban diseminados a intervalos, como cádáveres; y nuevamente volvió la obsesión de Craven, el terror.

Pensó angustiado: "Estoy enloqueciendo; los demás no sienten estas cosas". Hasta un teatro abandonado le recordaba esas interminables cavernas donde los cádáveres esperan la resurrección.

"Esclavo de la pasión, Augusto pide más vino".

Un obeso y maduro actor teutón yacía sobre un codo en un diván, abrazado a una vasta mujer. La Canción de Primavera tintineaba ineptamente desde el piano, y la pantalla fluctuaba como una indigestión. Alguien se acercó tanteando en la oscuridad, y tropezó con las rodillas de Craven; era un hombre bajo. Craven experimentó una desagradable sensación cuando la barba del hombre le rozó la cara. Luego oyó un profundo suspiro, mientras el recién llegado se ubicaba en el asiento contiguo; en la pantalla los acontecimientos habían adelantado con tal rapidez que Pompilia ya se había matado con un puñal —por lo menos eso supuso Craven— y yacía inmóvil y opulenta entre sus lacrimosas esclavas.

Una voz fatigada y baja suspiró cerca de la oreja de Craven: —¿Qué pasó? ¿Está durmiendo?

—No. Está muerta.
—¿Asesinada? —preguntó la voz, con intenso interés.
—No lo creo. Se suicidó.

Nadie chistó; nadie estaba tan interesado como para reprochar una conversación; los espectadores yacían en sus diversos asientos en actitudes de cansada distracción.

La película no terminaba allí; había que considerar todavía a ciertos niños; ¿continuaría todo en la segunda generación? Pero el hombrecito barbudo sentado junto a Craven, sólo parecía interesarse en la muerte de Pompilia. El hecho de haber entrado en ese momento parecía fascinarle. Craven oyó dos veces la palabra "coincidencia"; el viejo siguió hablando solo, con voz baja y anhelante. "Pensándolo bien, ¡qué absurdo!", y luego: "nada de sangre".

Craven no escuchaba; seguía sentado con las manos apretadas entre las rodillas, analizando el hecho que tantas veces había considerado: que corría el riesgo de volverse loco. Tenía que hacer un esfuerzo, tomarse unas vacaciones, ver a un médico (Dios sabía qué infección corría por sus venas). Advirtió que su vecino le hablaba.

—¿Qué? —le preguntó impaciente. ¿Qué decía?

—Que usted no puede imaginarse la cantidad de sangre que habría.

—¿A qué se refiere?

Cuando el hombre le hablaba, lo rociaba con su aliento húmedo. Había en su voz una pequeña burbuja, algo como un impedimento.

—Cuando una mata a un hombre... —dijo.

—Esta era una mujer —dijo Craven con impaciencia.

—Es lo mismo.

—Y esto no tiene nada que ver con un asesinato, por otra parte.

—No importa.

Parecían haberse internado en una absurda e insensata disputa en la oscuridad.

—Yo sé, ¿sabe? —dijo el bar-

budo con un tono de enorme orgullo.

—¿Sabe qué?
—¿Cómo son esas cosas —dijo con cautelosa ambigüedad.

Craven se volvió y trató de verlo más claramente. ¿Estaría loco? ¿Sería esto un anuncio de lo que podía ocurrirle a él? ¿Se dedicaría algún día a murmurar palabras incomprensibles a los desconocidos en los cinematógrafos? Mientras trataba de seguir la película, pensó: "No, por Dios; no me volveré loco todavía. No me volveré loco nunca". No podía distinguir nada, excepto la mancha negra del cuerpo de su vecino, como una bolsa. El hombre había empezado nuevamente a hablar consigo mismo. Decía:

—Charla, tanta charla. Dirán que fué por las 50 libras. Pero es mentira. "Hay motivos y motivos.

Siempre se conforman con el primer motivo. No buscan nunca más allá. Treinta años de motivos. Son tan simples, —agregó finalmente con el mismo tono de anhelante e ilimitado orgullo.

Así que esto era la locura. Mientras pudiera darse cuenta de ello, sería cuerdo... relativamente hablando. No tan cuerdo quizá como los judíos del parque o los Guardias de la calle Edgware, pero más cuerdo que esto. Era como un mensaje de estímulo, mientras el piano seguía tintineando.

Luego el hombrecito se volvió hacia él y nuevamente lo rozó:

—¿Se mató, dice usted? Pero ¿quién puede saberlo? No basta saber qué mano sostenía el cuchillo.

Repentina y confiadamente apoyó su mano sobre la de Craven; una mano húmeda y pesajosa; al comprender el posible significado de sus palabras, Craven dijo horrorizado:

—¿De qué está usted hablando?

—Yo sé —insistió el hombrecito—. Un hombre en mi situación lo llega a saber casi todo.

—¿Cuál es su situación? —dijo Craven, sintiendo sobre la suya la mano pegajosa; quizá se estaba portando como un histérico; después de todo, había decenas de explicaciones; podía ser alquitrán.

—Una situación que a usted le parecería bastante desesperada.

A veces, la voz se le ahogaba completamente en la garganta. Algo incomprensible había ocurrido en la pantalla; quitó uno un momento la mirada de esas películas antiguas, y el argumento avanza hasta volverse irreconocible. Sólo los actores se movían lentamente y a sacudones. Una joven en camión parecía llorar en brazos de un centurión romano; Craven no había visto antes a ninguno de los dos. "No temo a la muerte. Lucius, en tus brazos", decía el subtítulo.

El hombrecito comenzó a reírse burlonamente, con aire de entendido. Otra vez hablaba solo. Hubiera sido fácil no prestarle ninguna atención, si no hubiera sido por esa mano pegajosa que ahora había retirado. Parecía estar tanteando el asiento frente a él. Tenía la costumbre de dejar caer la cabeza repentinamente hacia un costado, como un retardado. Dijo clara e insólitamente:

—La tragedia de la calle Cullen.

—¿Qué es eso? —preguntó con sequedad Craven. Había visto esas palabras en un diario, antes de cruzar el parque.

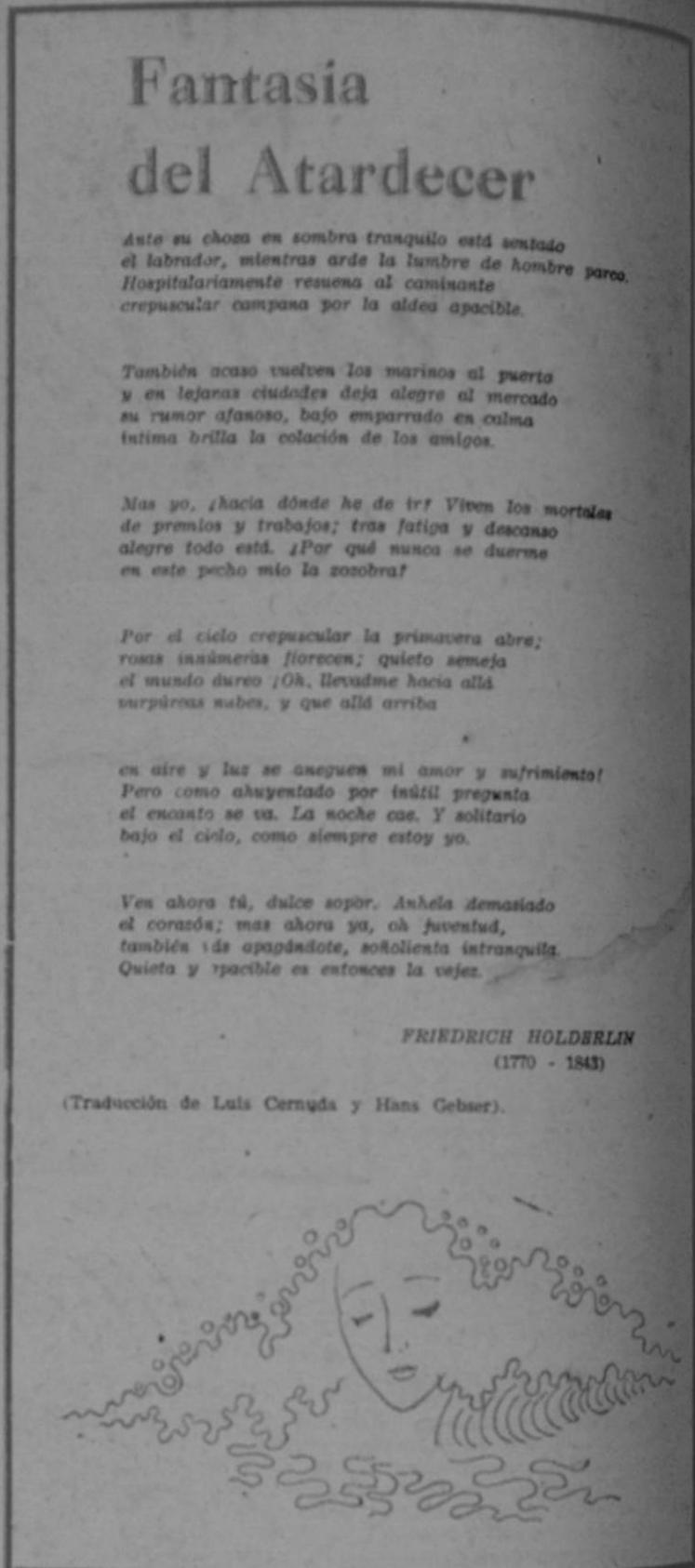
—¿Qué?
—Eso de la tragedia.

De pronto el hombrecito empezó a toser, volviendo la cara hacia Craven y tosiéndole encima; parecía una venganza. Luego dijo con voz cascada:

—¿Dónde es á mi paraguas?
Se levantó del asiento.

—Usted no traía paraguas.

—Mi paraguas...



Fantasia del Atardecer

Aste su choza en sombra tranquilo está sentado el Labrador, mientras arde la lumbre de hombre parco. Hospitalariamente resuena al caminante crepuscular campana por la aldea apacible.

También acaso vuelven los marinos al puerto y en lejanas ciudades deja alegre al mercado su rumor afanoso, bajo emparrado en calma íntima brilla la colación de los amigos.

Mas yo, ¿hacia dónde he de ir? Viven los mortales de premios y trabajos; tras fatiga y descanso alegre todo está. ¿Por qué nunca se duerme en este pecho mío la zozobra?

Por el cielo crepuscular la primavera abre; rosas innumerables florecen; quieto semeja el mundo duro; ¡Oh, llevadme hacia allá surpáreas nubes, y que allá arriba

en aire y luz se aneguen mi amor y sufrimiento! Pero como ahuyentado por inútil pregunta el encanto se va. La noche cae. Y solitario bajo el cielo, como siempre estoy yo.

Ven ahora tú, dulce sopor. Anhele demasiado el corazón; mas ahora ya, oh juventud, también ¡de apapadote, soñolienta intranquila. Quieta y spacible es entonces la vejez.

FRIEDRICH HOLDERLIN
(1770 - 1843)

(Traducción de Luis Cernuda y Hans Gebser).



y pareció perder definitivamente la palabra. Salió tropezando con las rodillas de Craven.

Craven lo dejó salir, pero antes de que tuviera tiempo de llegar hasta las ondulantes y polvorientas cortinas de la salida, la pantalla apareció vacía e iluminada; la película se había cortado, y alguien encendió inmediatamente una araña cubierta de tierra, que pendía en medio de la sala. La luz era suficiente para que Craven pudiera ver las manchas rojas de sus manos. Eso no era historia; esto era un hecho. No estaba loco; había estado sentado junto a un loco que en algún lugar... ¿cómo se llamaba la calle, Colon, Collin...?

Craven se levantó de un salto y salió; la cortina negra le golpeó la cara. Pero ya era demasiado tarde; el hombre se había ido, y tenía tres esquinas para elegir. Él eligió en cambio una casilla telefónica; y llamó, con una sensación curiosa de cordura y decisión, el número 999, el de la policía.

No tardó más de dos minutos en dar con la sección que buscaba. Se mostraron interesados y muy atentos. Sí. Había habido un crimen en la calle Cullen. Habían degollado a un hombre de color con un cuchillo de coctar

pan; un crimen horrible. Craven empezó a decirles que había estado al lado del asesino en un cinematógrafo; no podía ser otra persona; todavía tenía las manos pegajosas y manchadas de sangre; y mientras hablaba, recordó con repugnancia la barba. Pero la voz de Scotland Yard lo interrumpió.

—Oh, no —decía—, tenemos al asesino... de eso no cabe duda alguna. Es el cádáver lo que ha desaparecido.

Craven colgó el receptor. Se dijo en voz alta: "¿Por qué tenía que sucederme esto a mí? ¿Por qué a mí?" Volvió a penetrar en el horror de un sueño; la escuadrilla y oscura calle era uno de los innumerables túneles que comunicaban las tumbas donde los cuerpos imperecederos yacían.

—Fué un sueño —se dijo, y al apoyarse en la pared vió en el espejo, arriba del teléfono, su propia cara rociada por diminutas gotitas de sangre, como el rocío de un perfumero. Comenzó a gritar.

—No quiero volverme loco. No quiero volverme loco. Estoy en mis cabales. No quiero volverme loco.

Una pequeña multitud empezó a reunirse, y pronto acudió un policía.

HISTORIA DEL PODER EJECUTIVO EN COSTA RICA (8)

por RAFAEL OBREGÓN LORIA
CONSTITUCION POLITICA DE 1847



N esta Constitución, emitida el 10 de febrero de 1847, se cambia el nombre de Jefe de Estado, por el de PRESIDENTE DEL ESTADO.

Será éste de elección popular, y habrá también un Vice Presidente. El período constitucional de ambos será de seis años y podrán ser reelectos.

Los requisitos para ser Presidente del Estado eran: ser ciudadano en ejercicio de sus derechos; natural del Estado; ser del estado seglar; tener un capital en bienes conocidos que no bajase de ocho mil pesos; ser casado o ser viudo con hijos; y ser mayor de edad.

Se establecieron en esa Constitución dos Ministerios llamados: Ministerio de Relaciones, Gobernación, Justicia y Negocios Eclesiásticos, y Ministerio de Hacienda, Educación Pública, Guerra y Marina.

Se establecieron también dos Jefaturas de Sección, divididas en la misma forma, y cuyos Jefes serían subalternos de los Ministros respectivos. En las faltas accidentales y mientras tuviese lugar el reemplazo de cualquiera de los Ministros del Despacho, haría sus veces uno de los Jefes de Sección que el Ejecutivo tuviese a bien de signar.

ADMINISTRACION DEL DOCTOR JOSE MARIA CASTRO MADRIZ

El 5 de mayo de 1847 fué electo popularmente Presidente del Estado el doctor don José María Castro Madriz, quien tomó posesión de su puesto el día 8 siguiente. El 13 de julio de 1848 envió su renuncia al Congreso, la cual no fué aceptada.

Al erigirse Costa Rica en República, en agosto de 1848, el Jefe del Estado tomó el nombre de PRESIDENTE DE LA REPUBLICA. Fué, pues, el doctor Castro Madriz, el primer Presidente de la República de Costa Rica.

El 15 de noviembre de 1849 el Presidente Castro se separó definitivamente del mando, y envió su renuncia al Congreso, la cual fué aceptada el día 16.

Accidentalmente el Presidente Castro estuvo separado del Poder: del 1º de marzo al 4 de abril de 1848, lo suplió el Vice Presidente don Juan Rafael Mora; del 9 al 16 de junio de 1848, lo suplió el Vice Presidente Mora; del 13 de marzo al 4 de abril de 1849, lo suplió el Vice Presidente don Manuel José Carazo.

El 15 de noviembre de 1849, como dijimos anteriormente, el Presidente Castro se separó definitivamente del mando supremo, y se hizo cargo del Poder, por disposición del Congreso, el diputado don Miguel Mora Porras, quien lo ejerció hasta el día 26 del mismo mes en que lo asumió el Vice Presidente don Juan Rafael Mora.

COSTA RICA, REPUBLICA

Por decreto de 31 de agosto de 1848, el Estado de C. R. pasó a ser República. Por decreto de 29 de Setiembre de 1848 se manifestó cuáles serían las nueva Bandera y el nuevo Escudo de Armas de la República. Este decreto dice: "El Pabellón Nacional de la República será tricolor por medio de cinco fajas colocadas horizontal-

mente, en esta forma: una faja roja ocupará el centro que será comprendido entre dos blancas, a cada una de las cuales se seguirá una azul.

El ancho de cada una de estas fajas laterales será la sexta parte del que se dé a toda la Bandera, y dos sextas el que corresponde a la faja roja, en cuyo centro deberá estar bordado sobre fondo blanco el Escudo de Armas de la República... El Escudo de Armas será colocado entre trofeos de guerra y representará tres volcanes y un extenso valle entre dos océanos, navegando en cada uno de éstos un buque mercante. Cerrarán el Escudo dos palmas de mirto medio cubiertas con un listón ancho que las une, el cual será blanco y contendrá en letras de oro esta leyenda: "REPUBLICA DE COSTA RICA"; el campo que queda entre la cima de los volcanes y las palmas de mirto, lo ocuparán cinco estrellas de igual magnitud y colocadas en figura de arco, simbolizando los cinco Departamentos de la República. El remate del Escudo será un listón azul, enlazado en forma de corona, sobre el cual habrán en letras de plata esta leyenda: AMERICA CENTRAL..."

Diremos al respecto que esta Bandera y este Escudo decretados por Castro son los mismos que actualmente tenemos, con poca variación. La esposa del Presidente doña Pacífica Fernández de Castro, bordó nuestra primera Bandera, la cual fué izada solemnemente el día 12 de noviembre de 1848 en la Plaza Mayor de San José, hoy Parque Central. Por este motivo, el 12 de noviembre está consagrado en nuestro país como DIA DE LA BANDERA.

NUEVA CONSTITUCION

Con fecha 30 de noviembre de 1848 entró en vigencia la nueva Constitución Política Reformada. En ella se dice que el Poder Ejecutivo será ejercido por un Presidente de la República, y que habrá un Vice Presidente; ambos funcionarios durarán en sus destinos seis años y podrán ser reelectos. Los requisitos para ser elegido para estos cargos son más o menos los mismos que especifica la Constitución anterior, pero se exige haber cumplido treinta años de edad.

En los casos de muerte, renuncia o de cualquiera otra falta temporal, accidental o perpetua del Presidente, ejercerá el Poder Ejecutivo el Vice Presidente de la República, y cuando por iguales causas falte éste, lo ejercerá el Vice Presidente del Congreso; y en su falta o incompetencia, el diputado que este Cuerpo nombre en su lugar (ésto explica por qué fué nombrado el diputado don Miguel Mora para sustituir a Castro).

En esta Constitución Reformada se dice que habrá los Ministerios de Estado que determine la ley para el despacho de los negocios que incumben al Poder Ejecutivo; cada uno de estos Ministerios está a cargo de un Ministro de Estado, pero el Poder Ejecutivo podrá encargar dos de ellos a un solo Ministro.

VICE PRESIDENTES

Durante esta administración del doctor Castro ejercieron el cargo de Vice Presidentes, los siguientes ciudadanos:

Don José María Alfaro Zamora, a quien se le aceptó la renuncia el 30 de setiembre de 1847.

Don Juan Rafael Mora Porras, electo popularmente el 13 de noviembre de 1847, tomó posesión el

20 de noviembre siguiente; se le admitió su renuncia el 21 de junio de 1848.

Don Manuel José Carazo Bonilla, nombrado por el Congreso el 22 de agosto de 1848, por no haber habido elección popular; el señor Carazo no aceptó el cargo, y la Asamblea aceptó su renuncia el día 24. Habiéndose practicado nueva elección, resultó electo popularmente el mismo señor Carazo el 20 de setiembre, quien tomó posesión de su cargo el 5 de octubre siguiente. El 25 de octubre de 1849 le fué admitida su renuncia.

Don Juan Rafal Mora Porras, electo popularmente el 16 de noviembre de 1849, o sea, el mismo día que le fué aceptada la renuncia del doctor Castro como Presidente de la República; Mora tomó posesión de su cargo el 26 de noviembre de 1849 (durante esos días ejerció el Poder el diputado don Miguel Mora Porras).

MINISTROS EN EL GOBIERNO DEL DOCTOR CASTRO

Don Joaquín Bernardo Calvo-Mora, Ministro de Relaciones Exteriores y Gobernación.

Don Francisco María Oreámuño, Ministro de Hacienda y Guerra (hasta el 4 de octubre de 1847).

Don Manuel José Carazo Bonilla, Ministro de Hacienda y Guerra (de octubre de 1847 a noviembre de 1848; renunció por haber sido electo diputado y luego nombrado Presidente del Congreso).

Don José María Cañas, Ministro de Hacienda y Guerra (de junio a 30 de octubre de 1849).

Jefes de Sección fueron: don Juan de Dios Zéspedes (Hacienda) y don Modesto Guevara (Relaciones).

El señor Zéspedes estuvo encargado accidentalmente del Ministerio de Hacienda y Guerra: de mayo a setiembre de 1847 (con excepción de unos días), de noviembre de 1848 a junio de 1849, y a partir del 30 de octubre.

El señor Guevara estuvo encargado accidentalmente del Ministerio de Hacienda y Guerra unos días en mayo de 1848, y del Ministerio de Relaciones y Gobernación, unos días en agosto de 1848.

HECHOS IMPORTANTES DURANTE ESTA ADMINISTRACION

Se funda un liceo para niñas, primer colegio para mujeres fundado en Costa Rica.

Se abre en la capital una academia de dibujo y pintura por el término de dos años, y la cual estará bajo la inspección de la Universidad, debiendo haber cada seis meses una exposición pública.

Se disponen y reglamentan las siembras de tabaco por cuenta del Estado.

Se crean médicos del pueblo en todas las provincias.

Se crea en Puntarenas un Gobernador Comandante.

Se celebran tratados de amistad, comercio y navegación con Guatemala, Gran Bretaña, Francia y las Ciudades Hanseáticas (Bremen, Luebeck y Hamburgo).

Se dispone que el 15 de setiembre de todos los años será FERIA DO para todas las oficinas públicas y celebrado en todos los pueblos de la República con la debida solemnidad (decreto del 11 de setiembre de 1848).

Se declara a don Juan Mora Fernández Benemérito de la Patria y se le concede una pensión vitalicia de cincuenta pesos mensuales.

Se dispone trasladar a Costa Rica los restos mortales de don Braulio Carrillo y los de don Manuel Aguilar, antiguos Jefes del Estado, fallecidos en El Salvador (Lo anterior no tuvo efecto por cuanto los restos de Carrillo nunca aparecieron, y los de don Manuel Aguilar habían sido enterrados en la iglesia principal de Sonsonate).

Se mandaron a exhumar los restos mortales del general don Francisco Morazán y se entregaron al gobierno de El Salvador.

Se dispuso prohibir la venta de mercaderías extranjeras en las plazas, calles, portales y caminos, por cuanto este oficio de mercader público está sustentando la vagancia y pervertiendo la juventud; posteriormente se dispuso permitir en casos especiales esta venta y con patente.

Se mandó abrir en la Universidad una cátedra de farmacia; para matricularse en ella había que ser por lo menos bachiller en filosofía. A los que completasen los cursos y rindiesen los exámenes se les daría el grado de licenciados en farmacia.

Con la mira de fomentar la cría de ganados establecida en el país y de promover otros ramos de la industria hasta ese momento desconocidos en la República, se decretó que todas las introducciones de ganado vacuno que se hiciesen en lo sucesivo serían libres de derechos. Al primer ciudadano que presentase, criadas o introducidas por sí, una cantidad de colmenas de cera de castilla de veinte corchos arriba, se le otorgará un premio de 300 pesos. Un premio igual se concederá al primero que presentase diez libras de seda elaborada en el país. Un premio igual se hace extensivo a los que presenten por la primera vez una cría de cien ovejas. Otro premio igual se concederá a los que presenten en lugares apartados, y en donde nunca se haya cultivado, nuevas haciendas de cacao y frutales que tengan por lo menos cinco mil plantas en la una.

Se declara a don José Rafael de Gallegos Benemérito de la Patria.

Se señala un premio al que abra una vereda entre Puntarenas, en el Pacífico, y el río Sara piquí.

Se emite un amplio reglamento orgánico de Instrucción Pública.

Doctor JOSE MARIA CASTRO MADRIZ



PADRES: Ramón Castro Ramírez y Lorenza Madriz Cervantes. NACIO en San José el 19 de setiembre de 1818.

CASO el 29 de junio de 1843

en San José con Pacifica Fernández Oreamuno.

Hizo sus estudios en la Universidad de León, en Nicaragua, donde se graduó de doctor en Derecho Civil, Maestro en Artes, y doctor en Filosofía.

Al regresar a su patria fue nombrado Ministro General en el gobierno de Alfaro. Fue entonces cuando decretó la erección de la Universidad de Santo Tomás, centro de cultura que habría de prestar valiosos servicios al país.

Comprendiendo la alta función educativa y democrática de la prensa, fundó un periódico semanal titulado EL MENJOR COSTARRICENSE. Castro creía firmemente que Costa Rica sólo podría engrandecerse a través de la cultura, y por eso aprovechó todas las oportunidades para fundar escuelas. Pensaba que la democracia y la libertad sólo podrían tener como base y defensa la cultura de los pueblos.

En 1845 fue electo Presidente del Congreso, y entonces propuso el establecimiento del Hospital de San Juan de Dios (27 de Junio de 1845).

En 1846 volvió al Ministerio, y en agosto del mismo año, se le nombró Vice Jefe del Estado. En esta época fundó una Escuela Normal para preparar los maestros que habrían de servir en las escuelas del país.

Electo Presidente del Estado, cuando aún no había cumplido 29 años de edad, inauguró una administración de efectivo progreso para el país. Fue el primero de nuestros hombres públicos que pensó seriamente en la instrucción de la mujer, y, al efecto, fundó en mayo de 1847 un "Liceo para Niñas", y poco más tarde una "Escuela de Niñas".

La amplia libertad que vivía nuestro país bajo el gobierno del doctor Castro fue aprovechada por algunos ciudadanos, inspirados en sentimientos localistas, para provocar revoluciones, las que fueron reprimidas rápidamente, y aunque los cabecillas fueron condenados a muerte por los tribunales, el doctor Castro cambió siempre esa pena por destierro o confinamiento. Castro fue en nuestro país el máximo defensor de la inviolabilidad de la vida humana.

El 15 de noviembre de 1849 se separó del Poder, y envió al Congreso la renuncia de su cargo, obligado ante la amenaza de una nueva revolución y no queriendo emplear medidas extremas. "La Presidencia de la República, dijo, no vale una sola gota de sangre". Vimos un párrafo de esa renuncia: "...ronco susurro de los malcontentos me anuncia la necesidad de colocarme en la cruel alternativa de emplear la espada de la ley contra nuevos sediciosos o de sucumbir a sus maquinaciones con apariencias de magistrado débil; y como no puedo ser el tirano de mi patria ni llevar el epíteto de ineficaz, porque se confunde la acción con la debilidad, he resuelto decididamente elevar por segunda vez mi renuncia al Congreso..." Esta renuncia fue aceptada por la Asamblea el 16 de noviembre.

A la caída del gobierno de Mora, Castro fue el Presidente de la Asamblea Constituyente de 1859, y luego Presidente de la Corte Suprema de Justicia, cargo que desempeñó hasta 1866 en que fue electo Presidente de la República. Su segunda administración también fue de grandes beneficios para el país; fue la edad de oro de la libertad de prensa en Costa Rica; se instaló el telégrafo de Cartago a Puntarenas; se construyó la cañería de San José; se construyeron caminos, puentes y edificios importantes; se fundó el Banco Nacional de

Costa Rica que funcionó por diez años; se fundó un Colegio Normal de Niñas; se reorganizó la instrucción pública, etc. El golpe de estado del 1º de noviembre de 1868 terminó con esta notable administración.

En octubre de 1870 fue electo nuevamente Presidente de la Corte Suprema de Justicia, puesto que desempeñó hasta mayo de 1874 en que, habiéndosele enfrentado al gobierno de Guardia, éste le destituyó. Sin embargo, en 1877, cuando Guardia dió garantías al país, Castro vino a colaborar con él desde el puesto de Ministro de Relaciones Exteriores e Instrucción Pública.

Continúa el doctor Castro formando parte del gobierno del Presidente don Próspero Fernández, siendo la columna intelectual de esa progresista administración; a él se deben en gran parte todas las reformas liberales emitidas en ese tiempo.

Jurisconsulto notable, diplomático insigne, elocuente orador y patriota ejemplar. Es indudablemente el gobernante más ilustre que ha tenido la República. Hasta el último día de su vida dedicó su talento y sus energías al servicio de su patria.

FALLECIO en San José el 4 de abril de 1892.

Don JUAN RAFAEL MORA PORRAS



(Sus datos personales serán consignados más adelante)

En calidad de Vice Presidente ejerció el Poder del 1º de marzo al 4 de abril de 1848, y del 9 al 16 de junio del mismo año, supliendo al Presidente Castro.

Don MANUEL JOSE CARAZO BONILLA



En calidad de Vice Presidente ejerció el Poder del 13 de marzo al 4 de abril de 1849, reemplazando al Presidente Castro.

PADRES: J. Joaquín Estanislao Carazo Alvarado y Ana Francisca Bonilla Alvarado.

NACIO en Cartago el 22 de junio de 1808.

CASO en la misma ciudad el 8 de diciembre de 1837 con María Toribia Peralta Echeverría.

El 24 de diciembre de 1831 fue emancipado por su padre ante el Alcalde de Cartago. Estudió con habilidad y comercio en los Estados Unidos, y se dice que él fue quien introdujo en nuestro país el sistema de contabilidad por partida doble, para sustituir el de partida simple, que era el que se usaba. Muy pronto se dedicó al comercio para el que reveló especiales capacidades, manteniendo durante muchos años uno de los más acreditados establecimientos de comercio en la capital.

Su primer cargo público fue el de ayudante del ingeniero don Enrique Cooper en la localización de un punto apropiado en la zona atlántica para establecer un puerto. En noviembre de 1835 fue nombrado Ministro de la Tesorería General del Estado, cargo que desempeñó varios años. Fue también Intendente General del Estado.

Diputado en varias ocasiones, llegó a ocupar el cargo de Presidente del Congreso Constitucional en 1846, 1848, 1849, 1860 y 1862.

En 1859 fue Vice Presidente de la Asamblea Constituyente, y en 1869 fue miembro también de otra Constituyente.

Ministro en los gobiernos de don Francisco M^o Oreamuno, Rafael Moya, José Rafael de Gallegos (segunda administración), José María Castro (primera administración) y Juan Rafael Mora.

De setiembre de 1848 a octubre de 1849 fue Vice Presidente de la República por elección popular, y en tal cargo, como dijimos antes, ejerció el Poder accidentalmente.

El señor Carazo fue el organizador de la contabilidad de la Fábrica Nacional de Licores, y, más tarde, del Registro de Hipotecas, hoy llamado de la Propiedad, y cuyo primer director fue el Lic.

don Máximo Jerez. Se ha dicho también que él fue el primero que presentó en las Memorias de Hacienda cuadros estadísticos completos y datos comparativos.

Fue el señor Carazo hombre dotado de gran inteligencia y altas dotes políticas, y uno de los organizadores de nuestra hacienda nacional. Personaje de primera línea en multitud de acontecimientos políticos importantes. De él dice don Cleto González Viquez que fue "uno de los ciudadanos de más claro talento que Costa Rica ha producido, organizador, experto y honrado".

MURIO en San José el 1º de junio de 1877.

Don FRANCISCO MARIA OREAMUNO BONILLA



(Sus datos personales fueron consignados anteriormente).

Nombrado Ministro de Hacienda y Guerra desde el inicio de la administración del doctor Castro, estuvo casi todo el tiempo ausente del Ministerio. En agosto de 1847 el Presidente del Estado se trasladó a Cartago y el señor Oreamuno que vivía allí atendió



Conserve su cutis fresco, joven y fragante con

POLVOS

Ramillate de Novia

Dana



el Ministerio en ese mes (todos los decretos de agosto de 1847 fueron dados en Cartago); pero el doctor Castro regresó a la capital, y Oreamuno se quedó en Cartago, y no volvió a atender el Despacho. En octubre siguiente le fué aceptada su renuncia, por medio de la siguiente interesante carta:

Octubre 4 de 1847

Sr.
Don Francisco María Oreamuno.
Muy señor mío y apreciado amigo:

Cediendo a las instancias de Ud. y convencido de ser irresistible su repugnancia a servir el Ministerio de Hacienda y Guerra bajo la presente administración, admití su última renuncia, no con poco sentimiento mío.

Ya está Ud. sin el enorme peso que le abrumaba y si a quitárselo ha contribuido mi mano es, movida por mi delicadeza y porque Ud. no me considerase su verdugo.

Reciba pues esta prueba de mi deferencia junto con las protestas del distinguido aprecio con que me firmo su atento amigo y servidor que s. m. b.

José María Castro

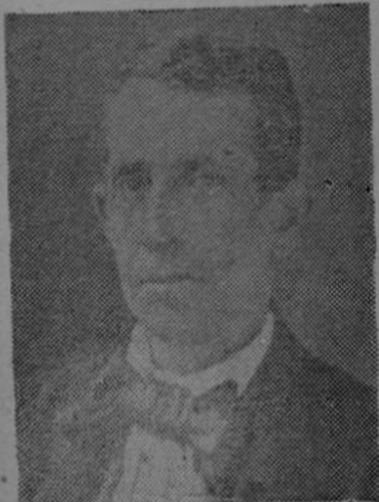
Don JOAQUÍN BERNARDO CALVO ROSALES



(Sus datos personales fueron consignados anteriormente)

Ministro de Relaciones y Gobernación durante la primera administración del doctor José María Castro Madriz.

General
JOSE MARIA CASAS



Ministro de Hacienda y Guerra durante la primer administración del doctor José María Castro.

PADRES: Presbítero José Marcelo Avilés, cura de Suchitoto, El Salvador, y Francisca Cañas Escamilla.

NACIO en Suchitoto, El Salvador, el 23 de setiembre de 1809.

CASO en San José el 6 de diciembre de 1843 con Guadalupe Mora Porras.

Su madre era hija única y legítima de don Juan José de Cañas y Osejo, español, y de Inés Escamilla, nicaragüense.

Desde joven se aficionó a la carrera de las armas y sirvió a las órdenes de Morazán, hasta alcanzar el grado de Capitán. Junto con el caudillo unionista, y muchos otros compañeros, abandonó El Salvador; entonces llegó a Costa Rica (abril de 1840) y se radicó definitivamente en nuestro país.

En abril de 1841 fué nombrado por Carrillo Comandante del puerto de Moín en el Atlántico; Morazán, siendo más tarde Jefe de Estado en nuestro país, lo mantuvo en ese cargo, ascendiendo a Teniente Coronel.

Cañas se estableció más tarde en Puntarenas, donde se dedicó al comercio y fué muy querido del pueblo. A él se debe en gran parte el adelanto que tuvo ese lugar en aquella época.

En 1847 desempeñó el cargo de Intendente General, y en 1848 el de Comandante de Puntarenas. El Presidente Castro lo llamó en 1949 a servir el Ministerio de Hacienda y Guerra, puesto que renunció poco después. Más tarde fué Gobernador de Puntarenas por varios años.

Durante la Campaña Nacional contra los Filibusteros el general Cañas llegó a ser el jefe centroamericano más destacado, distinguiéndose por su espíritu organizador, por su abnegación, patriotismo y valor.

Poco después de terminar la guerra, el Presidente Mora, que era su cuñado, lo nombra como Ministro de Hacienda y Guerra, y lo encarga más tarde para llevar a cabo un Tratado de límites con Nicaragua (el famoso Tratado Cañas Jerez).

Con motivo de la revolución del 14 de agosto de 1859 que derrocó a Mora, Cañas fué expulsado del país junto con el ex Presidente y otros personajes. En El Salvador fué recibido con grandes muestras de afecto por el Presidente Gerardo Barrios, su amigo íntimo, quien lo nombró Comandante de los ejércitos de ese país.

Cañas acompañó a don Juan Rafael Mora en la revolución de Puntarenas, en setiembre de 1860, y fué él quien defendió la trinchera de Angostura hasta el último momento. Derrotados los revolucionarios, fué capturado por las fuerzas del gobierno.

MURIO fusilado en Puntarenas el 2 de octubre de 1860.

(El Congreso Constitucional decretó en julio de 1929 la suma de cincuenta mil colones para erigir una estatua a la memoria del general Cañas; este decreto nunca se cumplió. ¿Pagará algún día el país los servicios que le prestó el "Bayardo costarricense"?)

Don JUAN DE DIOS ZESPEDES

(Sus datos personales fueron consignados anteriormente.)

Como Jefe de Sección estuvo encargado accidentalmente del Ministerio de Hacienda y Guerra de mayo a setiembre de 1847, con excepción de unos pocos días en que lo sirvió el titular señor Oreamuno. También lo volvió a servir interinamente de noviembre de 1848 a junio de 1849.

Don MODESTO GUEVARA LAZCARES

(Sus datos personales fueron consignados anteriormente.)

EL TICO Y SU TIERRA 21

por WILLIAM VOGT

(Adaptación del Lic. Edgardo Salazar y el Prof. Carlos Luis Valle. Dibujos de Walter R. Valenciano y Hugo Díaz)

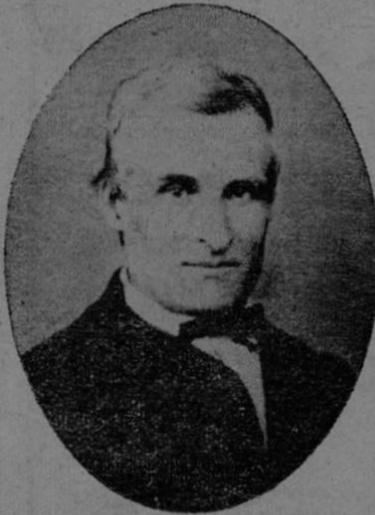


esgraciadamente la erosión del suelo es ya algo común en la mayor parte de las regiones de Costa Rica. El país es de topografía accidentada y la erosión tan manifiesta como sus bellezas naturales. En la región del Pacífico, a lo largo de la carretera que va a Puntarenas y en los llanos de Paraíso se encuentran grandes extensiones de terrenos enfermos por la erosión, para no citar sino dos ejemplos. Las milpas no están sembradas en terrenos planos, porque hay pocos terrenos llanos, y los barrancos son lavados; en las plantaciones de café las continuas paleas —azote para patrones, peones y terrenos— hacen que las aguas y los vientos se lleven la tierra. Los llanos de la región central del país y los de las costas son pocos relativamente, pero aún ahí las quemadas empobrecen el suelo y suplantando las condiciones antierosivas naturales. Es muy útil para Costa Rica que uno de los principales productos sea el café.

En los cafetales la sombra de los

encargado accidentalmente del Ministerio de Hacienda y Guerra unos pocos días en mayo de 1848; y del Ministerio de Relaciones y Gobernación, unos días en agosto de 1848.

Don MIGUEL MORA PORRAS



En calidad de diputado ejerció el Poder del 15 al 26 de noviembre de 1849, por renuncia del doctor Castro.

PADRES: Camilo Mora Alvarado y Ana Benita Porras Ulloa. NACIO en San José el 30 de setiembre de 1816.

CASO en 1840 con Felipa Montes de Oca Gamero.

En compañía de sus hermanos Juan Rafael y José Joaquín hizo varios viajes a Chile. En 1847 desempeñaba el cargo de Contador en el ramo de tabacos. Fué Gobernador de Guanacaste y diputado en varias ocasiones.

En calidad de diputado volvió a ejercer el Poder del 22 de marzo al 6 de abril de 1850, supliendo a su hermano el Presidente Mora.

Como Vice Presidente del Congreso, ejerció la Presidencia del mismo cuerpo en 1856 por fallecimiento de don Francisco María Oreamuno.

árboles y de los mismos cafetos, protegen al terreno en gran parte contra los primeros efectos destructores de las lluvias. Si el pueblo de Costa Rica llegara un día a sentirse tan hambriento como para verse obligado a suprimir las plantaciones de café y sembrar estos terrenos de maíz en su lugar. Costa Rica sufriría una gran tragedia. La mayor parte de la tierra donde se siembra café es ya totalmente inadecuada para el cultivo de productos tales como maíz y los frijoles, y si se sembrara otra cosa en vez de los árboles, el suelo se lavaría en un tiempo más corto que como se está lavando actualmente en los cafetales que se palean y mantienen muy limpios de "malas" hierbas.

La erosión está destruyendo no solamente las laderas sino también gran parte de la magnífica y rica tierra que está al pie de las colinas. Los bosques en las laderas han sido destruidos y miles de toneladas de arena, tierra y piedras han sido arrastradas por los ríos y esparcidas sobre los fértiles campos situados más abajo. Esto ha disminuido tanto la fertilidad de esas tierras, que extensiones que una vez rindieron importantes cosechas de alimentos, son ahora inservibles y se ocupan únicamente para poteros. Estos materiales a veces forman pantanos a lo largo de los ríos y cerca de su desembocadura; pantanos donde existen criaderos de zancudos, portadores del paludismo; y como consecuencia inmediata, un mayor número de personas en esas regiones sufren ahora de malaria.

Los estudios hechos en los Estados Unidos ponen de manifiesto lo que la gente padece por la erosión del suelo; los mismos daños se están ocasionando en Costa Rica. No menciono datos porque sencillamente todavía no han sido recogidos mientras que los Estados Unidos sí tienen un control especializado de la erosión del suelo.

Según el Doctor Bennett, el pueblo de los Estados Unidos —es decir, los campesinos americanos principalmente— pierden 3.000.000.000 de colones al año en términos de productividad a causa de la erosión del suelo. ¡Tres Mil millones de colones cada año! Piensen en el número de escuelas que se podrían construir, en el número de hospitales, en el número de maestros rurales que se podrían pagar.

Esa pérdida en el transcurso de los años, llega probablemente a un total de setenta y cinco mil millones de colones y dentro de cincuenta años puede llegar a ciento cincuenta mil millones. Estos son colones del campesino. Colones que se ganan, como aquí en Costa Rica, arando la tierra, cortando madera, cuidando el ganado, alimentando los puercos, llevando leña al mercado, etc. Sin embargo, son colones que el campesino del Norte nunca ganará, no importa lo mucho que trabaje su tierra, porque la tierra que debiera producir esos ciento cincuenta mil millones de colones ya no existe.

¡Ha sido arrastrada por los ríos hacia el mar!

Hace algunos años el Presidente Roosevelt declaró que una tercera parte de la gente de los Estados Unidos no tenían siquiera casas decentes en donde vivir. Tenían apenas lo suficiente para comer. No tenían dinero para médicos, ni escuelas, y no disfrutaban de buena salud. Dentro de esa tercera parte los crímenes eran más frecuentes que en el resto de la gente del país. Muchos de esos crímenes se debían a la

Anecdótico Nacional

por CARLOS FERNÁNDEZ MORA

Dibujos de José Solano V.



OS costarricenses no se cansan de estar escuchando anécdotas de nuestro genial escritor vernacular Aquileo J. Echeverría, el

personaje intelectual más discutido en Costa Rica.

Su inmortal libro "Concherías" es consultado por jóvenes y viejos. De memoria se saben las gentes sus versos.

En una ocasión, un librero muy

conocido en Costa Rica, que tenía su negocio establecido en la Avenida Central, asediaba a nuestro gran poeta Aquileo para conseguir un original suyo.

Ante la resistencia pasiva que encontraba en el poeta, le dijo, ya desesperado:

—"Le pagaré a usted Aquileo, todo lo que quiera".

Y el famoso autor de las "Concherías", con aire grave, le contestó al punto:

—"ESO ES MUY POCO, MI AMIGO".

desesperación; otros procedían de la falta de educación.

Y esa gran parte de los norte americanos son extremadamente pobres a causa de la erosión.

Viven en partes del país donde se han agotado las tierras; tratan de obtener maíz y frijoles en tierras de cinco centímetros; la erosión de su tierra es tal que por mucho que trabajen no pueden vivir decentemente con el producto de ella.

Gran parte de esa tierra fué muy productiva. Alguna fué la mejor tierra que poseía la República. La arruinaron los que la trabajaban, al igual que mucha tierra costarricense en nuestros días está siendo arruinada por los que la trabajan. Algunos de los mayores daños que se han causado a los Estados Unidos del Nor

te han sido hechos por campesinos trabajadores, leales y patriotas. Si se hubiera presentado la ocasión hubieran muerto de buena gana por su país. En vez de esto, pasaron su vida entera destruyendo el suelo de su patria. Muchos de los daños que causaron, jamás podrán ser reparados. Los Estados Unidos del Norte gastan ahora millones de dólares anualmente para evitar que se extienda la enfermedad del suelo.

La gente de los Estados Unidos se da cuenta ahora de la gravedad de la pérdida del suelo. Insisten en que su gobierno pelee contra ella; han cambiado enormemente sus métodos de agricultura para salvarlo y pagan gustosos los impuestos que ayudan a combatir la erosión.

ELOGIO DE MARIA



STOY apenado de haberles anunciado esta plática, porque puede ser que ustedes estén esperando un discurso recargado más o menos de conceptos impresionantes. No he pensado sino en dejar discurrir una serena meditación. El sábado, no sabía con precisión qué les diría en elogio de la Madre de Jesús. Todavía no lo sé.

Tengo desde hace días en el corazón el deseo de hacer un elogio de María, la Madre de Tristeza, que dijera un poeta, la mujer hebrea, de casta de reyes, Madre de Jesús. Es como un pajarillo prisionero: se le va a dejar libre. ¿Qué rumbo tomará? ¿En qué fronda irá a deshacer su trino?

¿Por qué he pensado en María? Me ha conmovido siempre la piedad de la adoración que las mujeres le consagran. Me ha impresionado con cierta mística perturbación el lenguaje metafórico. —"Torre de Marfil, Estrella Matutina— de las plegarias que ante su altar derraman los corazones, como un incienso que saliera del espíritu. He oído, casi con devoción, de labios de los grandes oradores sagrados la interpretación del dolor supremo de María. La he admirado en las telas de Murillos, en los vitrales conmovidos, de luz crepuscular, y en los altares de mármol luciente. Por cierto que en mis recuerdos de niñez hay uno, asociado a prematuras tristezas, en el cual aparece como única luz de consuelo la mirada, toda terrena, de una imagen de María, coronada en Mayo de lirios, y reclinada, como una meditación, a un alto muro teñido de pálidos oros crepusculares.

Por cierto que de niño detuve allí el corazón, pero ha sido de hombre que detengo en ella el pensamiento, en la Madre bendita entre las mujeres. Bendita, la más alta, la más digna de Dios! Ella, cuyo espíritu alcanzó la mayor penetración con el misterio mesiánico, porque de su cuerpo brotó la maravillosa Flor de Divinidad: el Maestro Bienamado —y porque su espíritu le ofreció a los hombres el mayor, el más delicado; el más fecundo de los dones. No cuenta ninguno de los Evangelios nada que revele quién fué esta mujer: nada se dice de Ella en los Evangelios. Se adivina toda la incomparable grandeza de su carácter; se adivina toda la grandeza de su humildad; se siente palpar su pureza; se sobrecoge uno ante la majestad de su amor. Se estremece uno hasta sentirse desgarrado ante aquella sobrehumana capacidad de sentir dolor. Pero nada más sabemos fuera de que perteneció a casta de reyes. No hay, me parece, en todas las figuras que el Evangelio pinta, ninguna que demuestre tan sencillamente, tanta y tan alta trascendencia! ¿Por qué fué Ella la escogida para ser la madre del Maestro Bienamado? Acaso es difícil comprender los enigmas que están presentes en su vida. Ella, Madre también de los redimidos, entregó a su hijo, lo dió todo, en vida y en gloria, en divinidad, sin conservar para sí ninguna alegría ni un consuelo, ninguna esperanza de las que pudo darles a todos, menos a ella, el Maestro de Amor. Las palabras de Simeón se cumplieron siempre: "Una espada herirá tu corazón".

No conozco en labios de Jesús una sola palabra para su madre.

del hijo, pero más misterioso el amor de la Madre.

Grandeza que refleja lo que constituye la verdadera grandeza de la mujer en la tierra. Porque, reflexionemos en esto: Jesús va esparciendo su doctrina; atrae a las multitudes con el ímán de su palabra; Jesús aconseja, cura, redime, llena de esperanzas los corazones de todos los demás; El lo era todo para todos; pero para la madre, nada; para Ella sólo fué dolor, nada más que dolor.

Cuando —como refiere Lucas—, el Arcángel la llama bendita entre las mujeres, en el momento en que le anuncia la elección que ha hecho el Señor. Ella, con una fe, con una humildad, con un amor excelso: sin expresar asombro ante el enigma tremendo, acaso sin temblar, dulcemente dice que es la Sierva del Señor, y espera que en ella se cumpla la voluntad Omnipotente.

"Bendito el pecho que te amantó", exclama una mujer frente a Jesús, después que éste enseñó la doctrina que el Padre Nuestro atesora. "Antes, —le con testó Jesús,— sean bienaventurados los que oyen la palabra de Dios y la guardan". ¿Antes que la Madre? Significado hondísimo de la misión de María: sacrificar al ser amado, a un deber más elevado que el amor. El Hijo no era de ella; era de Dios, que lo escogió, y de los hombres, que lo condenaron. De Ella era el Dolor, nada más que el Dolor. Tenía ella más derecho sobre el hijo que nadie, pero él tuvo que preferir a los demás; enseñó, aconsejó, dió consuelo, curó a cuantos en la calle le tendían la mano, en gesto de imploración hacia él; pero a la Madre, —en la tierra cuando menos parecía que sólo Dolor hubiera podido darle.

Hay que imaginarse a esta mujer hebrea; blanca, con un blanco que, más que la luz del sol, parece reflejar la luz estelar; delgada, serena, lenta para caminar; de una delicadeza que se hacía visible al menor gesto, al menor movimiento, como consciente de que era portadora de un gran misterio: hay que imaginársela con una voz dulcísima, estremece de piedad hasta lo infinito; una mirada negra, profunda, levantada a los cielos, que ni la aparición resplandeciente de Gabriel alcanza a turbar. ¿Qué había de extraordinariamente grande en Ella, para quien, oír la voz del mismo Dios, era como oír el canto de un pájaro; y mirar los ángeles, como ver el agua cristalina?

¡Ah, dichosas las mujeres que pueden sentir toda la grandeza del sacrificio, que sienten que en su ser va a hacerse, como en el primer día, la luz, y que no se maravillan, que pueden sentirse en el fondo de su ser vinculadas con esta grandeza de María, que no se maravilla de sentir en su cuerpo el misterio de la divinidad! Después, cuando Jesús ha sido clavado en el madero, la madre llega al pie de la cruz, acompañada de Magdalena, de una ramera perdida en las calles, redimida por la gracia divina, y entre la Madre que sólo había sufrido, y Magdalena que había sido como el polvo del suelo, Jesús había preferido a ésta.

Recordamos el hecho desnudo, con toda la crueldad de su sencillo relato: para la madre que había sufrido no se habían escuchado palabras de consuelo, y para aquélla que parecía hecha del polvo de la calle, Jesús había tenido las más dulces palabras; le había devuelto la paz del corazón y la alegría de vivir, le había puesto

la mano sobre...
Y María...
llevaba como...
dándole el...
responsabil...
nos en la...
ocupar. Y...
hombres y...
que se le...
aumentar...
ción de est...
La madre...
tante pab...
da, pero no...
de tal modo...
modo para...
dos los seres...
en el corazón...
contramos...
consuelo par...
ción de María...
das las lágrimas...
que sufría...
Considera...
momentos de...
de su...
las palabras...
sido dichas...
no murió en...
zos llegó el...
luz no la mir...
za ella la d...
elevant los o...
y, entre tar...
allí, a sus p...
ra el mimen...
da. Si besa...
ría como le...
las manos de...
maternal. Cu...
María la pri...
lo ve Magd...
los que iban...
un niño que...
de Jerusalén...
Casi nada...
grados de la...
misterios al...
cia. Su cast...
rácter de un...
ble; su pure...
mente...
El Amigo...
acaso har...
destino de...
ma p...
na de s...
los como...
tizas m...
por qué...
hebreo...
to al M...
estab...
movia...
constel...
aquel...
como al p...
hacia la...
luz eterna...
Tengam...
yor en es...
mo dolor...
necesita...
y el sac...
Cristos...
las civi...
Cristos...
sin e...
compre...
posible...
ana a un...
entrañas...
bles, e...
permanec...
eran el...
en sus...
¡Que...
instan...
mas de los...
que n...
sacrific...
la luz!

IS DE OMAR DENGGO

83
:-:

ello y la ha nes que hacen aparecer el espíritu dando luz.

Cuando un dolor nos hiera, no podemos comprender que sobre la oscuridad de nuestra mente está esa sabiduría profunda del corazón, que nos hace ver que mientras Dios exista, el Universo no puede estar organizado para la crueldad.

La mejor protección de un individuo es un pensamiento puro para todos los momentos de su vida.

Yo sigo creyendo que el ser más perverso del mundo tiene un fulgor de bondad en alguna parte de su corazón.

LA FLOR DE LOTO

Sé decirle, porque lo aprendí en lo más hondo de la vida, que la suya será noble y grande y bella, en la medida en que la sabiduría de su corazón se manifieste en ella. Usted sabe que la flor de loto ha sido durante muchos siglos en el Oriente el símbolo de la vida humana. Porque la planta vive, al mismo tiempo, en tres distintos mundos: la tierra, el agua, el aire. Florece en el aire, sobre la superficie de las aguas, y en la flor se concentra la gracia y se muestra la maravilla de su vida. Nosotros florecemos en el mundo del corazón y es maravillosa la florecencia, si la tierra y el aire que nos nutren asientan tras una constante aspiración de Virtud y de Belleza.

Qué de raro tiene que si en el hombre hay memoria la haya también en la naturaleza? Y así como aquél puede leer en la suya episodios de su vida no pueda también leer en la memoria de la naturaleza otros tantos episodios de su vida misma para explicarse muchas de las cosas que hoy día se suponen, pero que aún no se han podido constatar?

Filosofía es la aspiración de comprender algo sustancial de la vida.

La filosofía será el gesto del espíritu de cada hombre en presencia de las cosas.

La filosofía no buscará únicamente arraigo en la mente, sino en toda la personalidad.

El camino de la filosofía es la meditación, la reflexión. La meditación no es más que diálogo; converso conmigo mismo: es un diálogo vivo. A veces entra Platón y dice sus palabras: este esclavo tan humilde y tan servicial de la subconciencia nos trae a la memoria las palabras platónicas.

Hombre del campo y del taller, hermano del arado y del martillo: sabes sonreír ante las amenazas de la fatiga y desdeñar las iras del cansancio, aprende también a sonreír con la meditación; llévate a tu lado e invítala a las grandes fiestas del amor en que repartes caricias a tu compañera y a tus hijos; hazlo cuando el amanecer alegre la tierra, o cuando al despedirse el sol de los hombres, das tu adiós cariñoso a las herramientas que te ayudaron a trabajar. Esas incansables herramientas que saben la historia de tu vida y escriben la de tu alma en todas partes, serán más aptas para construirte el porvenir cuando la meditación te dé sus consejos.

La magnanimidad y la justicia son perfectamente conciliables. Ellas se concilian en el perdón redentor de un Cristo.

La justicia en sí es amor, nosotros la hacemos venganza.

Si el espíritu no se derrama en el tiempo, éste no tiene sentido, es simplemente duración, es como el espacio; el espacio sin el árbol, sin la montaña es el vacío; así el tiempo: si no está lleno con el espíritu es la duración, no es la eternidad, ni mucho menos la inmortalidad.

Ciertas zonas oscuras de nuestro ser, se iluminan completamente cuando nos dejamos poseer si quiera por un pequeño sentimiento de admiración para algo o para alguien. En nuestro país y en esta hora, es esencialmente preciso exaltar todos los sentimientos que en alguna forma participen del sentimiento de admiración.

Hay un efectivo valor espiritual en admirar los méritos ajenos, especialmente cuando no los poseemos.

De estrella o de barro, de carne o de lirio, la mujer es sagrada.

La vida es cumbre y el esfuerzo es ala.

Lo más difícil de aprender en la vida es el dominio de sí.

La bondad es una fuerza invencible.

Hay tanto de grande en el amor a la simiente!

De cierto, cuando se tiene una semilla entre las manos, para lanzarla a las fauces del surco, se asiste a una ceremonia solemnísimamente en que vive, con toda su incognoscible grandeza, el acto generador del Universo. Y sólo cuando se lleva un grano de luz en el corazón, es vivificadora la siembra de la palabra. Por eso pudieron crear con ella, pastores ignaros de Galilea. El mar, que es una eterna renovación de grandezas, les había trasfundido, con el óleo de la espuma que muchas veces los bañara, ese rico poder de tormento y quietud del alma, en que se organizan, llenas de virtud bastante para asumir forma externa, las enseñanzas imperecederas.

Vive en el corazón de la juventud ese poder?

Me he encontrado en los brazos, en el seno del mal mismo; me he encontrado con el corazón de fuego del odio; me he encontrado sintiendo junto a mí las fauces de la muerte que me acecha; y en todos estos momentos, de donde saqué la fuerza, no fué de la energía de la voluntad, sino de la pureza del corazón. El corazón podrá despedazarse, pero sus pedruzcos serán como joyas, como piedras preciosas!

EDUCACION

En elogio del maestro y para gloria suya se han dicho las más hermosas y las más profundas palabras.

Ninguna misión ha sido más exaltada. Se ha comparado al maestro con los más grandes seres; se le han atribuido virtudes excelsas; se le ha reconocido una función profundamente trascendental en el trabajo secular de crear y perfeccionar las civilizaciones. ¿Qué más podéis desear para vuestra vida, amados jóvenes, que esto de saber que habréis de participar en una tarea bendecida por el pensamiento de la humanidad? ¿Qué más que esto de saber que se os considerará dueños de aquel misterioso tesoro que pertenece a los dioses: el porvenir? Dícese de éstos que el porvenir le hacen donación a los hombres. Dígase de nosotros lo mismo.

Ah, cuando oigo tanto prejuicio

en materia de educación, me acuerdo de que tengo en la gloria un antepasado ilustre, del cual soy el último descendiente y me dan a ratos deseos de alzar la mano y alargar el brazo para coger aunque sea por el extremo del asta la lanza que él manejó en este mundo y arremeter contra tanto molino de viento que da vueltas y vueltas a sus aspas en esta llanura pedagógica.

De las fuerzas que constituyen la esencia del espíritu de servicio, de ello es de lo que debe vivir la Escuela, si quiere adquirir la permanencia de un ideal.

La recompensa está en el servicio mismo: por la alegría de servir, y por la posibilidad de abrir el espíritu hacia más grandes probabilidades de servicio que uno puede ir cultivando en el lotecito de ensueño que le tocó en esta vida.

De los problemas de la Escuela hay que hablar con los alumnos ampliamente. La Escuela es un centro de actividad y de experiencia en el cual pasamos buena parte de la vida; y es bueno que defina claramente su comprensión de la vida a los alumnos.

La misión de la Escuela es presentar a los alumnos una gran cantidad de oportunidades de acción.

En la más modesta actividad de la Escuela el alumno tiene oportunidad de hacer su propia educación.

Razones de economía, nada justifican. Economizar en Escuelas es economizar civilización, y ningún pueblo de la tierra tiene derecho a hacerlo. Gastar dinero prodigamente en educación, no es una cuestión de finanzas, sino una cuestión de honor, de decoro nacional. Se quieren, por ejemplo, buenos caminos? pues hay que abrir caminos de luz en el alma popular para que circulen por ellos la iniciativa y el desinterés, y entonces los caminos invisibles se plasmarán en la tierra ávidos de encauzar energías. Podréis objetar con criterio de economistas que el problema educacional es económico, y yo responderé con credo de maestro de escuela, que el problema económico lo es, fundamentalmente, de cultura; y para saltar florentinas consideraciones, diré, además, que el inextricable entrelazamiento de esas interferentes realidades sociales, se aclarará con sólo reconocer la preeminencia, en la naturaleza y en la historia, de la energía, de aquello sutil, revelado en el orden moral por las virtudes que el individuo expresa como sacrificio en las horas supremas, y que, iluminadas de videncia, integran la gloria epopéyica de los pueblos.

La Escuela es un foco de luz que esparce rayos de fe claridad y amor.

Nadie como quien trabaja en las aulas sabe cómo para dar ejemplo a los menores, hay que vivir arrancándose, con garfios, de la carne flaca, las lacras que estorban el paso de la luz.

Los maestros trabajamos en esta seda impalpable de las almas de los niños; si se rompe un hilo queda una rotura por la que se escapará hasta el derroche, la luz que conducía.

Las almas de los niños son como los hilos de seda con que teje mos un bordado; pero si el bordado se rompe, el hilo con que tejemos podemos remendar; mientras que



si rompemos un hilo de aquellas almas no sucederá lo mismo y entonces lo que hemos hecho es romper sus ilusiones, su niñez, su vida.

ORACION

Siento que estas horas sagradas se deslizan en un plano superior a mi vida, sobre la mente, sobre el corazón, sobre los hombres, sobre las cosas... Son como una ola de solemne quietud, que fuese envolviéndome, —sutilizado a su contacto—, en celestiales claridades.

Siento una majestuosa ascensión de mi ser, un sopor mirífico, un sueño...

Siento que hay en mí una silenciosa grandeza, un amor y una gloria. Siento que luchan para desprenderse de mi carne, de mi pasión, de mi apetito, en ímpetu tan sutil como de lira que se estremece... No la sensación de las alas que se abren vigorosas. ¡No, Dios mío! Todo calladamente, todo delicado. Impulso hay en mí de cerrar los ojos y, juntas las manos sobre el pecho, ascender por el aire hacia la Luz...

¡Ruego por los hombres! Para que las naciones en guerra se arrojen sobre las armas. Para que un ritmo profundo de corazones, suceda al estruendo de las metrallas... ¡Incienso de plegarias llene el espacio que enrojecieron las llamas!

Ruego para que el hombre se recoja en sí mismo, y nada fuera de él exista...

¡Nada que no sea el silencio, nada que no sea el tiempo, y el espacio, y el alma y Dios! ¡Que desaparezca el mundo dentro del corazón del hombre! Y sea la hora de la Suprema Paz!

Campanas, campanas de la tierra que renováis el recuerdo de la vida...

¡Campanas, dolientes campanas, no turbéis mi contemplación! Ante mí está Jesús, el Maestro. ¡Bien amado el Maestro; ¡Bien amada su eterna palabra!

Fuiste la Verdad, ¡oh mi Maestro! Eres la Verdad, serás la Verdad y ante ella el hombre es Genio, Santo, Héroe, Profeta, Creador! Levántate y anda, ¡oh! hombre... Y a mí permíteme, Maestro Amado, que me levante y vaya por los caminos del mundo, seguido de los hombres, con el corazón abierto como una estrella: Caballero de Dios con la misión del milagro, por los siglos de los siglos... Amén.

OMAR DENGO

En el vigésimo quinto aniversario de su muerte.

"No me crea maestro, ni guía: no soy más que un hombre que aspira a ser bueno".

Así decía con acento sincero Omar Dengo, como aquel otro maestro, el más grande de América, que persiguió el mismo beatífico ideal:

"Yo soy bueno. y como bueno moriré de cara al sol".

Difícil es en pocas líneas dar una idea de la grandeza de una vida, corta en duración, más pródiga en tesoros humanos, fértil en poderes espirituales, como fértil es en su poder nutritivo la tierra joven que se abre enamorada para recibir la simiente. Así la vida de Omar Dengo, hombre que no tuvo otra aspiración (la más alta que puede llenar una existencia, por todas las implicaciones que tiene) que la de ser bueno, se abrió a la recepción de las luces del espíritu para irradiarlas hacia los demás, en un constante anhelo de dar, de servir, porque esta generosa ofrenda del yo era en él una verdadera filosofía de la vida: "Si algo doy; a los demás, ello es la obra de mi deseo de dar. Sigo creyendo que esa es una firme manera de perfeccionarse... A veces se me ocurre que todo el Universo no expresa sino una sencilla aspiración: dar. Dios es el don". Por eso fué maestro.

"La conciencia de la luz, da la luz".

Alta y ardua es la misión del espíritu. Omar Dengo supo de las íntimas batallas por superar las mezquindades, por desterrar los egoísmos. Su mente inquieta por la sabiduría y el perfeccionamiento, hizo de esta inquietud fuerza constructiva para ascender en la escala espiritual, pensando, meditando, y así, creando fuerzas nuevas, nuevas ideas, nuevos derroteros. "Lo que me creó, crea en mí. El adquirir conciencia de aquello que me creó, me hace creador... Mi pensamiento es redentor si yo le doy en mí la libertad".

Sólo por la meditación se llega al pensamiento filosófico. Sólo por la pureza de la vida y de la conciencia, por el impulso de darse y servir, se llega a la auténtica superación espiritual. Este hombre fué profundamente bueno, y sabiamente puro. Hay que recordar la palabra de Brenes Mesén:

"Mas fué manso por el valle reflejando las mil gracias de los cielos y los mundos que en su seno se miraban"

(In Memoriam)

De su convicción filosófica le vino aquel sentido panteísta superior, como franciscano, de concebir el Universo y las cosas. Esto se trasluce en la gracia de su pluma, que realmente admira en un hombre que no tuvo tiempo de ser escritor (su obra fué casi toda oral), porque ni el tiempo le pertenecía: era de los demás, de sus amigos, de sus discípulos, de los altos designios de la patria que amó. Veamos pues la misma idea que se repite en diferentes fragmentos:

Planta un árbol de Navidad.

"Y haya en él magnífica profusión de regalos para las almas de los seres y de las cosas.

Para la piedra, lo que pueda

hacerla mármol o rubí. Para el lirio, la mano gloriosa del Arcángel. Para el ave, para la estrella, para todos...

**¡Algo para todos!
Para tu hermano, Tó!
Para tu vida, Dios!**

"No hay que imaginar que el Universo tiene más interés en un hombre que en un árbol.

El Universo tiene interés en todo su conjunto".

"Un ala que se rompe, vencida por la violencia del vuelo o la traición del choque, quiebra un esfuerzo más profundamente grato a la Vida, que todos los afanes de una dialéctica por interpretarla... Cuándo una idea que se rompa las alas en el vuelo, hará sentir su ausencia en el nido, en la colmena, en el manantial?"

No sólo hay aquí concepto del Universo, hay más que todo una honda apreciación del sentido de la vida en toda su riqueza y plenitud, en toda su abundancia de seres que, no desconectados entre sí, obedecen el plan general de la evolución y dentro de él desarrollan sus respectivas misiones y sus propias libertades.

La niñez fué triste y solitaria, privada de goces infantiles, de alegrías bulliciosas, de pícaras camaraderías, de la anhelada compañía de una hermana. Fué como una forzada y dolorosa anticipación de la vida del adulto, entre incomprendiones y formalismos que cortaban alas a la normal expansión física, pero no así al crecimiento del espíritu.

Vino la juventud como maravillosa florecencia de una primavera interna. Maestros que lo inspiraron, amor, amistad, filosofía, literatura, iniciación en una oratoria vibrante y sincera. Y, más adelante, como una luz magnética en el camino, la misión del enseñar. No, no sería abogado, sería maestro.

Al magisterio, vocación del espíritu, dedicó sus mayores afanes y energías. Trabajó primero como profesor en el Liceo de Costa Rica y luego en la Escuela Normal, recién fundada, bajo la dirección sucesiva de don Arturo Torres, de don Roberto Brenes Mesén, de don Joaquín García Monge. Pero vinieron días de opresión para el país y, junto con sus compañeros de profesorado, dejó su puesto. Tras sufrir privaciones de toda índole, fué a sembrar su semilla de luz como maestro rural, en La Caja, mientras su temperamento de rebelde luchaba contra los tiranos que envilecían la patria.

De 1919 a 1928 fué director de la Escuela Normal y ahí erigió su obra educacional que fué obra del alma. Por más que se lean sus páginas no se puede llegar por ellas a un conocimiento cabal de todo lo que construyó en el espíritu de sus discípulos, porque aquella fué labor de corazón a corazón. Había algo especial en este hombre, un calor humano que de su ser emanaba para adentrarse en los demás y no salir de ahí. Este sólo quienes tuvieron el privilegio de conocerlo lo pueden saber; por eso lo amaron, y por eso, con el correr de tantos años, no han abandonado su recuerdo ni olvidado su palabra.

De aquella Escuela Normal salieron jóvenes con un nuevo sentido de la educación y con un nuevo ideal de lo que el maestro debe ser.

"Ensaye a acercarse más que

al alumno, al hombre, es decir, más que con los preceptos pedagógicos de su magisterio, con el corazón".

Hombre que se mantenía al tanto de los movimientos educativos extranjeros, comprendió, con ideas de avanzada, la nueva filosofía educacional. Su concepción fué de mocrática, pero dándole a la democracia no ese sentido de politiquería que ha tenido entre nosotros, sino otro más depurado y digno. "La democracia nuestra es de las que reclaman para su boca procaz, el freno de oro de la cultura," que decía Lugones. Es una pobre democracia que alquila las ideas para disfrazar su instinto, grotescamente traducido en una tendencia igualitaria cuya norma de nivelación es la altura imperceptible de la mediana".

Tuvo un alto concepto de la democracia y de la educación en su función social, en su papel dentro del Estado. En un sentido moderno de los ideales platónicos de educación, dice:

"Se dice que se aspira a construir una verdadera democracia; ello importa una concepción dinámica del Estado, la del Estado que se construye a través de los individuos, lo cual le impone la obligación de capacitarlos para ser instrumentos conscientes de una activa creación de fuerzas e intereses, que puedan traducirse en constante mejoramiento de las instituciones que expresan la vida de la nación. En otras palabras, le impone la función de educar. Dentro del concepto moderno, es decir, sociológico, es decir, funcional, del Estado, los problemas políticos no son sino problemas de educación. Por cierto que a falta de verdaderos estadistas, más que los politicantes, debieran discutir tales problemas los educadores".

Este sentido de la misión de la obra educativa debe, para él, trascender las fronteras del país y tomar un nivel continental: América, que, como conjunto de pueblos hermanos, siempre preocupó el pensamiento de Omar Dengo.

"En América la escuela confronta una tarea caupolicánica... Al evocarla, recordemos que el genio de la raza sentirá traición, nada su virtud mesiánica, mientras las escorias de una ruina les brinden sustento a los despotismos, propios y extraños de que América se avergüenza".

Un hombre que piensa que la "Escuela es activa fundación social", que está convencido de que la educación es un deber para con la patria, no puede ser indiferente a los más altos intereses de ésta. No fué un político, todo lo contrario: fué un maestro que tenía por encima de todos sus deberes el de patriota. De ahí que saliera a la defensa de los más altos principios nacionales, en repetidas circunstancias. Sus armas de combate fueron su acción siempre decidida, que en algún momento puso el fusil en su mano de maestro, y su palabra, ya enérgica, ya irónica, siempre inspirada.

"Su elocuencia fué torrente de unas aguas diamantinas, borbollón de pensamiento en fontana peregrina.

Cuando hablaba, las ideas, en enjambres de armonía, se albergaban en la mente a labrar su miel divina".

(Brenes Mesén. In Memoriam)

Humilde y sencillo en su vida

NUEVO 3
sensacional
DESODORANTE



EXORIS

EVITA EL MAL OLOR DEL SUDOR.



USELO USTED!

y con su incondicional compañera, que tanto lo ayudó. Al hogar llevó sus desalientos para trocarlos en alegrías al jugar con sus hijos, al crear para ellos un mundo de dulzuras y de maravillas.

"Y una noche, cuando el dios desterrado que fué su alma escuchó el clarín celeste que al Eliseo lo llamaba.

Puso aromas en sus labios para ungirse la palabra, bello puente entre dos mundos para el paso azul de su alma".

(Brenes Mesén. In Memoriam)

Y una noche, (el 18 de noviembre de 1928, a los cuarenta años de edad) rodeado de sus seres más queridos, de amigos y discípulos que en emocionado silencio oían por última vez su palabra iluminada, murió como un moderno maestro griego, aún transmitiendo el mensaje del espíritu en su más bella lección: la de señalar a los jóvenes sus deberes con la patria y la de describir el proceso de la muerte, de una muerte sabia como sabia había sido la vida.

"Jóvenes: ahora a vivir. Eso es importante".

MARIA EUGENIA DENGO DE VARGAS



DIECIOCHO.—CAPRICHOS DE MUJER

Obra analizada: POUNETTE de Alfredo Castro Fernández (1938)

Estimado señor Director,

adorable es esta mujercita que Alfredo Castro Fernández nos presenta como protagonista ideal de su diálogo en un acto titulado *Pounette*.

Es parisiense por todos los costados la simpática muchacha. Apenas ha cumplido diecinueve años. Ya conoce los secretos que la vida oculta a las adolescentes. Por ahora es la amante oficial de Jaime, hombre de unos cuarenta años.

Ella ha nacido para amar y para ser amada, intensamente amada. Su vida es el placer. Característica suya es el capricho. Se puede afirmar que ella es eso solamente: un capricho. Caprichosas sus toillettes, han de ser lo más perfectas posible. Caprichosa su preocupación por sutilizar demasiado. Cree que las sutilezas, por serlo, tienen su importancia. Se complace en el detalle, especialmente en el detalle frívolo, en el que evoca mayor sensualidad, más pasión, más amor. Porque Pounette confunde la sensualidad con el amor. En eso se parece a la mayor parte de las mujeres de hoy en día.

Para ella no es lo mismo, en las noches, estar en camisa que sentirse acariciada intimamente por una pijama. Discuten los amantes: el tema es la predilección que Jaime demuestra por la pijama y la preferencia que la traviesa muchacha siente por la camisa de dormir. Con esa prenda se considera más graciosa, más atractiva, con mayor sabor a pecado.

Si bien el amante no le concede importancia alguna a la elección de la prenda íntima que ella ha de usar esa noche, Pounette no deja de pensar, con amargura superficial, que Jaime habría preferido verla en pijama. Para ella, las intimidades cambian de encanto de acuerdo con la prenda elegida.

Luego provoca una nueva discusión. Se cree razonable; piensa que sabe aceptar la faceta inevitable de las cosas y de los hechos. ¡Cuán equivocada está! Vive en una completa incertidumbre de los propios sentimientos. Ante ella, todo ha de permanecer presente. Nadie puede estar ausente ni siquiera para engolfarse en los propios pensamientos. Afirma que sus exigencias son mínimas aun a sabiendas de que, al contrario, no pueden ser sino máximas.

Habla de las supuestas angustias suyas que se calman sólo con pronunciar y repetir las palabras: ¡te amo! ¡te amo! Pounette es intensamente sensual. El placer de los placeres la domina, hace que lo olvide todo. Sin embargo, tiene la crueldad, para ella misma y para su compañero, de aplazar el instante de la entrega. Los celos, fingidos o verdaderos, le sirven para hacer más intenso el deseo, para despertar, más enérgicas, las propias ansias de indomable voluptuosidad. Los celos la llevan a sentirse en una soledad indecible; hundida en un vacío que desconcierta, aun cuando se encuentra en el lecho, aun en el instante mismo en el que se adhiere con frenesí al cuerpo del amado.

En medio de la felicidad está inquieta. Y, lo que es peor, cree tener motivos para estarlo. Esos motivos, cuando no logra darles un nombre concreto, son para ella algo indefinible. Son "aquello", sin que logre determinar qué es lo que llama con ese pronombre para ella indefinido hasta la exageración.

"Aquello" Pounette misma lo declara, es algo monstruoso, aterrador. Significa el sitio en el que se encuentra el pensamiento de Jaime cuando está a su lado. Le ha concedido un nombre, escuchado así, al pasar. Para Pounette "aquello" es una mujer. Se llama Wanda. No importa que sea el nombre de una mujer de carne y hueso. No importa que corresponda a un ser imaginario. En ella, que es toda violencia ardiente, ese nombre raro evoca el frío, la nieve. Es el nombre de una mujer rara y, como rara, seductora.

Hay allí lo bastante para mantener despierta su angustia. Cree que Wanda es una mujer apasionada, tan apasionada como lo es ella misma. Allí está el verdadero peligro. Su sensualidad no puede ser vencida más que por otra sensualidad tan ardiente como lo es la suya.

Está intensamente celosa. Ama y martiriza: así son de ingratas las mujeres que se dejan dominar por esa pasión funesta. Su inquietud se desvanece cuando sabe que Wanda es el nombre de la protagonista de un drama recién escrito por Jaime.

No ha de tardar en presentarse de nuevo esa u otra inquietud parecida. Lo necesario es atormentarse y atormentar. Ahora se siente arrepentida. ¡Y más tarde? ¡Y mañana?

En una sola escena de admirable movimiento en el diálogo, Alfredo Castro Fernández nos da idea perfecta de una psicología femenina: la de la traviesa, deliciosa y frívola Pounette.

¡Habrà, en el mundo, una sola Pounette?

Dejó esa pregunta para que la contesten, a solas, las mujeres que tengan el mal gusto de leer estas cartas más dirigidas al amable director de "La República" a quien saludo con todo cariño.

LUZ DEL ALBA

SALUDO A LA AURORA 23

¡Salve, Aurora, rosa del cielo, símbolo de todo renacimiento!

¡Salve, ave del Sol, portadora de la Luz!

¡Surge y resplandece, en la montaña y en el mar, coronándolos de oro, y lleva a la vida del Hombre el ritmo de tus lirras de Luz!

¡Tú eres el Himno de la energía universal hecho fulgor!

¡La Tierra se alza conmovida, cual enorme cabeza sedienta de infinito a recibir tu beso redentor!

Eres la madre ¡oh Aurora! de los que en el mundo pertenecemos al linaje de la luz.

¡Dáanos el ser creadores! Dáanos el comprender los misterios del Cosmos!

Dáanos el penetrar en nuestros destinos!

Dáanos el privilegio de saber que somos artífices de la evolución del mundo en el taller

de nuestras almas; y concédenos que, sabiéndolo, podamos reflejarte, maravillosa como eres, en las primaveras de nuestro corazón.

Dáanos el adornar nuestra cabellera con un destello de tu plumaje de estrellas, para que alrededor nuestro, la vida sea luminosa.

De ti nos viene la Luz, y sentimos que en ella flota una infinita capacidad de perfección, la cual, requiriendo un impulso de todas las fuerzas de nuestro ser, tórnase en nosotros en una potente agitación de ideales.

Por eso, madre resplandeciente, te pedimos que, dejándonos seguir el ritmo de tu fulgor divino, nos permitas aspirar a ser, sobre la noche de todos los errores, la aurora eterna del Espíritu!

OMAR DENGO

Así
visten
ellas

MARGARITA
INSIGNARES

Jardín de la gracia y la armonía, luna del rosal plaleado... Aroma del trino en florecida rama... Canción del alba amanecida en el temblor de todos los rocíos...

(Foto Arévalo)



REFLEXIONES

La conciencia de la luz, da la luz.

Lo que me creó, crea en mí.

El adquirir conciencia de aquello que me creó, me hace creador.

Yo voy hacia el jardín o hacia el erial, según quiera guiar mis pasos. Y miro el cielo de tarde o por la noche, según me plazca. De ahí que si me habitúo a contemplar el jardín, tan intensamente como si lo incorporarse a mi vida, para embellecerla, y algo de su colorido

o de su fragancia se comunica a mi pensamiento, cuando adversas circunstancias me inducen a llegar al erial, éste ennobleciéndose súbitamente, se transforma en jardín. Mi pensamiento redime al erial. Mi pensamiento es redentor si yo le doy la libertad. Y yo se la doy rompiendo las ondas que le impiden reconocer su propia maravillosa naturaleza. Tras ellas, la aurora es un bien permanente. Son densas sombras que han cristalizado en már-

mol y hay que romperlas a golpes tremendos de uazo. Pero cuando se desgajan las primeras moles y empieza a irrumpir la luz primaveral, entonces los mármoles se funden y flotan sobre las sombras dispersas la gloria del poder creador. Es la aurora es la luz!

¡Sentir que tu vida es la obra de tu pensamiento, sentir el ímpetu del amor que pones en labrarla, sentir la férvida voluptuosidad de contemplar la concepción dentro de la cual

la ajustas, y sentir el encanto de pulirla, y admirar la severa dirección de las aristas y palpar el estremecimiento de las fuerzas en rebelión, y acariciar las crines rubias de la bestia y cegarlas cuando se encabrita echándole en los ojos puñados de esmeraldas!...

¡Mirar el ángel que asciende, mirarlo tornar la aurora en su veste imperial!

La conciencia de la luz, da la luz.

OMAR DENGO

GRAHAM GREENE: EL ESTREMECEDOR

En este número de ADEMÁS... se publica un cuento de Graham Greene, el interesante novelista inglés de quien tanto se habla. Con tal motivo, nos parece oportuno reproducir el penetrante ensayo que sobre el gran escritor publicó la revista "Time" el 29 de octubre de 1951, con motivo de la primera edición norteamericana de "El Fin de la Aventura". Creemos que con esta doble publicación, entrarán más en contacto los lectores con esta figura importante de la nueva literatura de Inglaterra.



urante una de esas fiestas vespertinas londinenses a las que todos los invitados llegan sufriendo visiblemente las consecuencias de una fiesta anterior, el anfitrión, un distinguido novelista llamado Graham Greene, se paseaba por el apartamento atestado de libros, escuchando las falsas confesiones de pena. Como él no es hombre que se deje superar, el anfitrión confesó que él también se estaba sintiendo mal: había pasado toda la noche anterior bebiendo con su confesor.

Así estremece Graham Greene. Era la suya la clase de afirmación que induce un leve erizamiento de la piel (aunque en esta oportunidad puede dudarse de que el efecto haya sido deliberado o conseguido). Graham Greene, en todo caso, opera con estremecimientos.

Novelas Baratas y Algo Más.—Graham Greene escribe sobre el pecado y sobre Dios; sobre la presencia del Mal y la ausencia del Bien. Y escribe sobre estos temas, en apariencia abstractos y Dominicales, en términos estremecedoramente inmediatos, estremecedoramente cotidianos. Sus historias, tan crispantes como una buena película, pueden desde cierto punto de vista, considerarse novelones sobre problemas morales; pero no pueden desecharse como se desechan los novelones.

Los lectores que han hecho de Graham Greene un éxito de librería, son, a la larga, las gentes amigas del cine; las gentes que se encantan en una película emocionante, gentes comunes, gentes que no se embarazan ni embarazan a los demás usando la palabra "pecado". Greene sí la usa a veces, pero más que la palabra, es el acto el que le preocupa, el que usa de continuo, arreglándoselas, eso sí, para presentarlo en forma tan simple y verosímil, y al mismo tiempo tan inquietante, como la conducta que observa nuestro vecino de enfrente.

Como lo haría un teólogo del catolicismo, Graham Greene considera que el pecado es la condición normal de la vida sobre la tierra. Pero traduce el álgebra de la teología, al idioma personal de historias tan humanas como las que pueden leerse en los periódicos, sólo que más verosímiles.

Después de haber sido considerado por mucho tiempo como un mero tejedor de novelas de emoción de buena calidad ("El Ministerio del Terror", "Un Alma Torturada"), ahora se le discute como "posiblemente el mejor escritor de su generación". No hay autor en Inglaterra que disfrute de esa combinación de éxito crítico y éxito comercial de que él disfruta. El cine, como Midas, ha convertido en oro su obra, al través de doce películas, de las cuales por lo menos tres—"El Idolo Caído", "El Tercer Hombre" y "Agente Confidencial"—han sido aconte-

cimientos de primera magnitud. En 1948, "La Esencia del Asunto" fué un éxito enorme en los Estados Unidos, y en el continente europeo, Greene es el más leído de los escritores ingleses.

En sus mejores obras, en aquellas que él ha tratado de que sean algo más que meras "entretenciones", Greene ha tomado como protagonistas, a pecadores que terminan por salir en distintas direcciones (el cielo, el infierno o el purgatorio). Y estaba escrito que algún día habría de decidirse a escribir sobre un ser humano esencialmente bueno: sobre una santa. En su última novela, "El Fin de la Aventura", Graham Greene lo ha hecho.

¿Será Mejor Odiar a Dios?—"El Fin de la Aventura" es, en apariencia, la historia de un adulterio; y es un triunfo, en cuanto logra mostrar el terror, la agonía y el odio de un enredo amoroso; pero fracasa cuando informa sobre un milagro y no logra demostrarlo.

Los amores entre Sarah Miles y Maurice Bendrix, comienzan de la manera más ordinaria. El es un mediocre y frío novelista inglés; ella, la ardiente esposa de un mediocre, preocupado y latoso funcionario público. Gracias a las preocupaciones de Henry el marido, el matrimonio de los Miles ha llegado, físicamente, a la inmovilidad. Cuando Sarah conoce a Bendrix en una fiesta cualquiera, lo encuentra, por contraste con su marido, emocionantemente lleno de vida. La tercera vez que se ven, terminan en un hotelucho barato. Bendrix, que está escribiendo una novela en la que figura un funcionario de gobierno, no ha intentado otra cosa que obtener de Sarah ciertas informaciones sobre los hábitos de su marido y colegas. Pero cuando se da cuenta, está enamorado de ella, por lo menos en cuanto él es capaz de enamorarse. Para él, la aventura se convierte en una obsesión carnal en un celoso apetito. Para Sarah, que es una mujer simple y sin fe, aquello es solamente amor, un amor perturbado por los accesos de celos del amante. Ambos tratan de convencerse de que Henry sólo es un molesto inconveniente que algunas veces les altera sus proyectos.

Transcurre el año 1944. Y durante un bombardeo sobre Londres, Sarah Miles se dirige por primera vez a Dios: una bomba ha caído cerca de la casa donde se encuentran, y después de la explosión, Sarah ha encontrado a Bendrix gravemente cogido bajo una puerta que ha sido volada. Está segura de que ha muerto (y Greene insinúa la idea de que tal vez lo está). Regresa a su alcoba, y cayendo de hinojos, reza para que viva. Si Dios escucha sus oraciones, Sarah promete no volverlo a ver nunca más. Y antes de que ella se ponga en pie, Bendrix, ligeramente golpeado, ha aparecido en el aposento. Al verle, Sarah realiza el tremendo significado del convenio que Dios ha hecho con ella: "Me di cuenta de que la agonía de vivir sin él comenzaba, y desee entonces que estuviera muerto otra vez bajo la puerta."

Pero, con la decencia que hay fundamentalmente en ella, Sarah cumple su promesa sin dar explicaciones a nadie. A Bendrix sólo se le ocurre creer que se ha cansado de él y se ha hecho de otro amante. Comienza a aborrecerla, y a torturarse con celosas fantasías. Cuando el marido entra en sospechas sobre la extraña conducta de Sarah, e irónicamente le recuerda a Bendrix en d-

manda de auxilio, es Bendrix quien contrata los servicios de un detective para que la siga. Pero ya Sarah está fuera del alcance de los detectives. Desde su histérico convenio con Dios, ha pasado por la soledad del sufrimiento, y por la convicción de que ella es "una perra y una falsa", hasta realizar que no sólo cree ya en Dios, sino que lo ama, más aún de lo que amaba a Bendrix; "Creo en Dios, creo en todas las cosas; no hay nada en que yo no crea. Podrían subdividir a la Trinidad en doce porciones, y yo seguiría creyendo; podrían descubrir documentos probatorios de que Cristo fué inventado por Pilatos para lograr un ascenso, y yo seguiría creyendo; la fe me ha cogido como una enfermedad. Creo como quien se enamora."

Cuando Sarah muere, la lectura de su diario (que él se roba) convence a Bendrix de que un rival le derrotó. Pero lo único que admite, es que al fin ha dado con ese rival, y el odio que sintiera por un hombre desconocido, lo dirige ahora hacia un Dios que le es desconocido también.

Allí lo deja su creador, Graham Greene. El fin de esa aventura, sugiere el autor, sólo puede ser el comienzo de otra, que no tendrá fin. Es mejor odiar a Dios, dice Greene, que no conocerle. Porque sólo se puede odiar a Dios cuando se sufre, y si el sufrimiento se resiste sin drogas, el odio puede convertirse en amor.

"Difícil de Tragar"—Sólo un pecador muy endurecido, podría leer esta historia de amor sin reconocerse en algún momento, sin sentir que por algunos instantes se le agranda el corazón. Porque cuando, en las últimas 50 páginas, el tono cambia, de un Menor familiar, a un Mayor insólito; de la destrucción de una amante a la construcción de una santa, hasta el más cálido lector sentirá que se le enfrían sus convicciones, porque el proceso del cual surge el Dios salvador, más que el de un novelista, es el de un nombre religioso.

"El Fin de la Aventura", como todos los libros de Graham Greene, está cargado de interrogaciones subterráneas, como minas. Y los términos de su historia sortan estudiados, tan deliberadamente mundanos, que al comienzo el lector poco avisado no se da cuenta de las sordas explosiones que traen las respuestas. (Una de las interrogaciones subterráneas es la siguiente: ¿Es que una mujer que se convierte en santa, ha de considerarse necesariamente como "una perra y una falsa"? Y Graham Greene responde: Sí).

En este libro, Greene quiso aparentemente mostrar dos cosas: 1º)—Que los santos son auténticos seres humanos que "suceden" ahora como han sucedido y sucederán siempre; 2º)—Que ninguna aventura amorosa, por sórdida que sea, puede escapar a las terribles e interminables implicaciones que el amor trae consigo. Para algunos lectores, Greene habrá logrado demostrar ambas cosas; para otros, la santa de "El Fin de la Aventura" será tan remota e irreal, como la Celia de T. S. Eliot.

Los críticos británicos han aplaudido, en "El Fin de la Aventura", la técnica narrativa de su autor, y uno o dos han dicho que es el mejor libro de Greene. Pero la mayoría ha retrocedido ante las últimas 50 páginas. "Difícil de tragar", ha dicho el "Times de Londres"; "Demasiado esque-

ner". Y el crítico del "New Statesman & Nation", ha apuntado: "Nos parece que éste va a ser el último libro de Graham Greene sobre el cual podrá escribir quien no sea un especialista en cuestiones religiosas".

Sea o no justa la censura, este libro parece marcar una nueva etapa en la carrera de Graham Greene. Es el primero que ha escrito en primera persona; y esto señala un esfuerzo especial, un intento de ir más lejos de lo que él ha ido antes. La narración en primera persona, es un sistema traicionero: especialmente cuando la persona que cuenta la historia es ese tipo algo desaliñado y no del todo admirable de héroe Greeniano. Y como si esa dificultad no fuera suficiente, Greene ha incluido un segundo narrador: el libro está compuesto de las reminiscencias de Bendrix y el diario de Sarah. Sólo los más acérrimos admiradores de Greene quedarán satisfechos de la forma en que él salva esta doble dificultad; pero aún sus críticos menos afectos habrán de admirar su valor y de aplaudir su esfuerzo; porque de ¿qué modo puede escudriñarse la verdad de los seres humanos, si no es oyéndolos cuando hablan consigo mismos?

La Novela No Escrita.—En la propia vida de Graham Greene hay material para media docena de novelas. La primera de ellas, cronológicamente, sería la historia de su desarrollo, una novela que Greene no ha escrito.

Nació en 1904, en la aldea de Berkhamsted, a unos 40 kilómetros al noroeste de Londres. El principal distintivo de Berkhamsted, en aquel entonces y ahora, lo es la fea pero sólida escuela que lleva el nombre del pueblo. El padre de Greene, Charles Henry Greene, había abandonado Oxford alrededor de 1880 para hacerse abogado; llegó a Berkhamsted como maestro por un año, y se quedó allí 38, de los cuales, durante los últimos 17 figuró como Director de la escuela. Los seis hijos de Greene nacieron allí; Graham fué el cuarto. Odiaba al pueblo, pero no tanto como a la escuela, con sus duras escalinatas de piedra, sus feos pupitres de pino, sus armarios sin puertas llenos de sucios zapatos de deporte, y sus horribles lavabos comunales.

La idea prevalente en Berkhamsted, según la recuerda Greene, era la de que "la soledad sólo sirve para abusar de ella". Los muchachos dormían en un enorme dormitorio donde difícilmente pasaba un cuarto de hora "sin que alguien roncara o hablara en sueños". Los retretes no tenían cerraduras. Estaba prohibido incerrar a solas. Sin embargo, "allí se encontraban por primera vez personajes, adultos y adolescentes, que tenían las genuinas características del mal. Por ejemplo Collifax, que aplicaba el tormento con un compás; o Mr. Cranden, de la papada triste, el traje polvoriento y cierta sensalidad demoníaca; desde esas alturas el mal descendía hasta Parlow, cuyo escritorio estaba lleno de diminutas fotografías; anuncios de fotógrafos artísticos. El infierno los debe haber rodeado en su infancia."

Un modo de huir de aquello, era no hacerse notar; Greene aprendió a retirarse, contra las ordenanzas, al bello solar de Berkhamsted, una "selva de matas, hierbas, viejas trincheras y desechos". Otro modo de huir, era por medio de la lectura. Graham tenía 14 años cuando leyó "La Víbora de Milán", de Marjorie Bowen, historia melodramá-

tica sobre una guerra entre los duques de Milán y Verona; y desde aquel momento comenzó a escribir.

Exprimido.—“En los cuadernos escolares —cuenta Graham Greene— quedaron consignadas, imitación tras imitación de la magnífica novela de Miss Bowen: historias de la Italia del Siglo XVI, o de la Inglaterra del Siglo XII, caracterizadas por su enorme brutalidad y su desesperado romanticismo. Era como si de una vez por todas, me hubieran suministrado un tema”. A los 14 años, una novela había hecho sentir a Graham lo que la mayoría de los niños no aprenden sino mucho después, si es que lo llegan a aprender: que “la bondad sólo una vez encontró encarnación perfecta en un cuerpo humano, y no la volverá a encontrar jamás; pero que el mal siempre encuentra hogar allí. Que la naturaleza humana no es blanca y negra, sino negra y gris... Todo eso lo leí en “La Vibora de Milán”; volví los ojos en torno mío, y me di cuenta de que era cierto”.

Antes de encontrar su porvenir, a los 14 años Graham había realizado serios intentos de suicidio. Una vez se tomó cierto fluido usado en fotografía, en otra ocasión ingirió un poco de tónico contra la fiebre de heno. Otra vez trató de comerse un bocado de dulcamara. Todavía puede recordar “la curiosa sensación de estar nadando en lana”, experimentada después de tragarse 20 aspirinas y lanzarse a una pila de natación.

Después de haber querido huir de su casa, a los 16 años, fué enviado a un psicoanalista londinense. Vivió en casa de este, “meses deliciosos, quizás los más felices de mi vida”. Es dudoso que lo hayan sido para el psicoanalista. Graham emergió del psicoanálisis, “correctamente orientado... pero exprimido”. Se sintió aburrido, y así permaneció por largo tiempo.

Ruleta Rusa.—A los 17 años, probó la más drástica de las curas que se le ocurrieron contra el aburrimiento: la ruleta rusa. Colocó una bala en un revólver, hizo girar la cámara, se colocó el cañón en la sien, y disparó. “Era un juego con seis probabilidades contra una en favor de una autopsia.” Pero se dió cuenta de que, tras haber arriesgado perderlo del todo, podía disfrutar del mundo otra vez, por lo menos temporalmente. Mas hasta el jugar con la vida le aburría. La quinta vez que lo hizo, dice él, “ni siquiera me emocioné”. La sexta fué la última.

Se fué a Oxford, un alto, desmedrado y rizado joven de 17 años. Oxford y Greene no hicieron buenas migas, y pronto se olvidaron el uno del otro. Greene dirigió allí un periódico literario, el “Oxford Outlook”, y, por lo demás, se deslizó por allí durante tres años en forma totalmente inmemorable. Salió bien, pero no excelente, en historia moderna. Uno de los pocos que le recuerdan en Oxford es un portero que se ha sorprendido enormemente al saber que Greene se ha forjado una reputación.

Cuando estaba en Oxford fué, por seis semanas y a guisa de travestura, miembro del Partido Comunista; pero cuando vió que aquello no le reportaba el viaje gratis a Moscú que pretendía, renunció. Y en Oxford, a los 20 años, publicó su único libro de versos, “Abril Murmurador”, que debía su título y su estilo a la poesía de Edna St. Vincent Millay, y que fué cosa deleznable. Lo verdaderamente importante que le ocurrió a Greene en Oxford, fué el conocer a Vivien Dayrell-Browning una muchacha morena,

bonita, de hermoso cutis, y católica.

Después de los años de Oxford, el principal propósito de Greene fué el de salir de Inglaterra. Entró a trabajar con una compañía tabacalera que le prometió enviarle por tres años a China. Pero nunca emprendió ese viaje. Luego quiso ser maestro, y lo fué de un niño por unas cuantas semanas. “No me gustan los niños—dice—y ya había olvidado todo mi latín”. Entonces decidió proponer matrimonio a Vivien, y Vivien lo aceptó. Obtuvo un puesto de periodista en el “Journal” de Nottingham, sin paga, y sólo por adquirir experiencia. Pero su inminente matrimonio confrontó a Greene con un problema más profundo que el de ganarse la vida. Y en el invierno de 1926 se convirtió al catolicismo.

El Regreso a la Inocencia.—Greene recibió su catecismo con un sacerdote llamado el Padre Trollope. Durante tres meses, discutió sus dudas con él casi diariamente. “Viajando en tranvías invernales —cuenta— por el gótico, hotel, el palacio del cine, las sucias oficinas del periódico en que trabajaba por las noches, por la solitaria prostituta profesional que trataba de mantener viva la circulación de su sangre bajo la piel azul y empolvada, comencé lentamente, dolorosamente, sin desearlo, a llenar de habitantes el cielo.”

Y pocas semanas después de la conversión el Padre Trollope bendijo el matrimonio de Greene y Vivien.

Greene consideró su conversión como un paso casi enteramente intelectual. (“Ya que me iba a casar con una católica, decidí aprender algo sobre el catolicismo”). Más tarde fué capaz de escribir sobre su bautismo con sarcónico desapego: “La catedral era un sitio oscuro lleno de estatuas inferiores. A mí me bautizaron una tarde de niebla a eso de las 4. No se me ocurría ningún nombre que tuviera interés en llevar, de modo que conservé el que tenía. Estaba sólo con el gordo sacerdote; todo fué hecho con rapidez y formalidad, mientras se oían voces de niños que murmuraban allí cerca. Luego nos estrechamos las manos, y yo me fuí a tomar el té”. Pero aún así, no podía evitar, agrega, el pensar que “había reanudado el hilo de mi vida, tomándolo desde muy atrás, desde la inocencia”.

“La Compasión es lo Peor.”—La primera novela sobre Graham Greene podría terminar aquí. Porque aquí fué que se hizo escritor. En 1925, lleno de conocimientos periodísticos adquiridos en Nottingham, obtuvo un puesto de subdirector en el departamento de “cartas al editor” del Times, de Londres. De paso, escribió dos pésimas novelas que le fueron rechazadas por las editoriales. En 1929, la Editorial Heinemann le aceptó “El Hombre que Había Adentro”, de la cual dijo el crítico St. John Ervine, que era “una primer novela notable, de un escritor que nos obliga a creer en sus personajes, aun cuando sus personajes parecen propuestos a que no creamos en ellos”.

Entusiasmado por “El Hombre que Había Adentro”, Greene convenció al Gerente de la Heinemann de que un novelista de promesa no debía malgastar sus energías en el departamento de cartas del “Times” y logró que el editor le subvencionara por tres años. Las dos novelas siguientes (“El Nombre de la Acción” y “Rumor al Anochecer”) deben haber hecho a los editores arrepentirse de su inversión. Ambas eran melodramas lóbregamente intencionales y de complicado argumento, los dos de los cuales han tratado desde en-

tonces de olvidar “El Expreso de Oriente” (1932) hizo sentirse mejor a los editores. Es una novela de intriga tersamente escrita, que convirtió a Greene en autor popular y que Hollywood convirtió en película.

Greene siguió escribiendo (“Es un Campo de Batalla”, “Inglaterra me Hizo”, “Pistola de Alquiler”), y haciéndose cada vez más popular. Pero no se le tomaba en serio. Era demasiado ameno; llámáralas o no su autor “entretenciones”, sus novelas eran leídas, en busca de placer por gentes que pasaban por alto la desesperación y los aterradoros vistazos al pecado que contenían. Aún el escalofriante estudio sobre el mal en estado puro, contenido en “La Roca de Brighton” (1938) fué despreciado por ciertos críticos. Sin embargo, “La Roca de Brighton” fué un momento crucial para Greene: había descubierto —por usar sus propias palabras— que un católico tiene mayor capacidad para el mal que los demás.”

Fué “El Poder y la Gloria” (1940) el libro que convenció a la crítica de que Greene tenía algo que decir, y un cautivante y cinematográfico modo de decirlo. “El Poder y la Gloria” es la mejor de sus obras. Su héroe es un sacerdote católico (la acción transcurre en México, país que Greene conoce) que está siendo perseguido por la policía de una provincia donde la Iglesia ha sido puesta fuera de la ley. Es un sacerdote alcohólico y débil padre de un niño, y tremendamente consciente de su culpa. Pero su amor a Dios es más fuerte que su egoísta sentido del pecado. Hambriento, perseguido de pueblo en pueblo por un implacable teniente de policía, sigue sin embargo siendo el pastor de almas de su grey, hasta que le delatan y es capturado. En 1947, y bajo el título de “El Fugitivo”, “El Poder y la Gloria” fué convertido en una memorable película.

“El Poder y la Gloria” atrajo a los críticos hacia Greene. Hasta su viejo patrono, el “Times” tuvo que aclamarlo: “No tienen fin las sutilezas de pensamiento y sentimiento con que Mr. Greene ha dotado a su protagonista... el libro provoca en el lector un irresistible sentimiento de amor y compasión.”

Cuando apareció, en 1948, “La Esencia del Asunto”, quedó claro que Greene se estaba transformando, de novelista y católico, en novelista católico. Scobie, su nuevo protagonista, es un buen hombre, católico, cuyos pecados parecen brotar inevitablemente de un altruista sentido de la compasión. Pero lo que Greene trata de mostrar, es que la compasión puede ser “cosa horrible... La compasión es la peor de todas las pasiones. Porque no logramos siquiera sobrevivirla, como a las pasiones, carnales”. La compasión lleva a Scobie a cometer el pecado de soberbia, a colgarse por encima de Dios. Muchos críticos católicos se quedaron atónitos ante la forma benévola en que Greene trata el suicidio de Scobie. (El novelista Evelyn Waugh la calificó de “feroz blasfemia” y expresó seguridad de que Scobie estaría en el infierno). Greene mismo se sorprendió con la controversia. Y dijo: “He escrito un libro sobre un hombre que termina en el infierno (La Roca de Brighton), y otro sobre un hombre que va al cielo. (El Poder y la Gloria). Ahora me he limitado a escribir sobre un hombre que va al purgatorio. No sé por qué ha sido tanto escándalo.”

Autobiografía Espiritual.—Como la mayoría de los escritores, Greene quería hacer creer que no hay nada muy interesante (ex-

cepto quizás como material para un escritor) en su propio vida. El se limita a escribir, y a veces viaja, como para alejarse. En 1950 se fué a Malaya a observar la vida de los agricultores ingleses del hule, en una península plagada de guerrilleros comunistas; en el entretanto, pasó dos días en la selva con las tropas persiguiendo guerrilleros. En otras ocasiones viaja por el Mediterráneo en el yate de Sir Alexander Korda, con comitivas que incluyen por ejemplo a Sir Laurence Olivier, a su esposa Vivien Leigh, y a la “prima ballerina” Margot Fonteyn. Al escribirse este artículo (octubre de 1951) preparaba maletas con rumbo a Indochina.

Algunos amigos suyos insisten en que Greene ha dejado estainpada su autobiografía espiritual en sus libros. Cuando intentan describirle, generalmente incurren en adjetivos como inquieto, preocupado, intenso, obsesionado. Pero Greene no es la clase de hombre que impresiona a primera vista: alto (1.87 metros), frágil y delgado, se viste como un descuidado estudiante de Oxford, y camina con una combinación entre galope y salto, que no logra sino destacar lo ligeramente jorobado que es. Físicamente, es un hombre fácil de olvidar (un viejo amigo le recuerda a secas como “mal hecho”), salvo por la cara de piel arrugada que pareciera se hubiese desamarrado de la carne, y por los ojos azules, asustados, sorprendentemente borrosos y ligeramente saltones. Su aspecto —y la frase podría aplicarse a cualquiera de sus personajes— es ligeramente desaliñado.

Cuando está en Inglaterra, vive solo en su apartamento de Londres. Su esposa, de quien está amigablemente separado, reside con su hijo (nacido en 1936) y su hija (nacida en 1934), en Oxford. Sus amigos, que son pocos pero íntimos, creen que Greene es el mejor y uno de los más inteligentes de los hombres. Sus conocidos le consideran reservado, con cierto borroso encanto, una chispa sub-ácida, y una despiadada curiosidad hacia los pecadores como él.

Casi todas las mañanas, escribe unas quinientas palabras en papel rayado y con lápiz, lento proceso que logra producir uno de sus bellamente escritos libros, en cosa de un año. Como la mayoría de los profesionales, no espera a que le llegue la inspiración; a diferencia de ellos, poco se preocupa de la crítica, y mucho menos de la profana. “Se encuentra tan lejos—dice—del pensamiento cristiano, que no logra penetrar en mi mundo”.

...y Dostoiévsky?—¿Qué dirá la posteridad de Graham Greene? ¿Lo pondrá a la altura de Hemingway o de Faulkner? ¿Durará más que Evelyn Waugh? ¿Lo mencionarán al mencionar a Dostoiévsky? Sólo la posteridad misma responderá a estas preguntas. Pero junto a sus tres contemporáneos citados, Greene puede figurar. Conoce tan bien su oficio y técnica como ellos, pero sin los amaneramientos con que los dos americanos (Faulkner y Hemingway) comienzan ya a parodiar sus propios estilos. No tiene la sorna ni el snobismo característicos de Waugh. Y cuando se compara a Greene con Dostoiévsky, el gran estrechecor del Siglo XIX, todos sus libros juntos no se compararían con unos “Hermanos Karamazov”. El hecho de que la comparación surja, sugiere, sin embargo, cuán inevitable es. Graham Greene, como Dostoiévsky, está primordial y apasionadamente preocupado del Bien y el Mal. Y en ese campo no hay mucha competencia.

QUIERE USTED GANARSE...

UNO DE ESTOS 6 MAGNIFICOS PREMIOS

?

1er. PREMIO

UNA REFRIGERADORA
de LUJO "GIBSON"

2º PREMIO

UNA LUJOSA COCINA
"GIBSON"

3er. PREMIO

UNA MAQUINA
DE COSER "KYSER"
Zig - Zag de 2 Agujas

4º PREMIO

UNA AGRADABLE SOR-
PRESA QUE LO LLEVA-
RA A USTED LEJOS

5º PREMIO

UN MAGNIFICO RADIO
FRANCES "SNR"

6º PREMIO

UNA BELLA LAMPARA
de GUSTO
INIGUALABLE

!

TODO LO QUE UD. TIENE QUE HACER ES...

Llamar al 1011 y Suscribirse al

PERIODICO

"LA REPUBLICA"

- * UD. RECIBE 8 ACCIONES CUBRIENDO POR ADELANTADO 6 MESES de SUSCRICION de "LA REPUBLICA".
- * UD. RECIBE UNA ACCION POR CADA 20 CUPONES de los PUBLICADOS DIARIAMENTE.
- * UD. RECIBE UNA ACCION AL CUBRIR LAS SUSCRICIONES de OCTUBRE, NOV. y DICIEMBRE.